

Lou Carrigan

COLOR VERDE MAR


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

COLOR VERDE MAR

Colección LA HUELLA n.° 109
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 4-02-03656-2

Depósito legal: B. 40.160 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: diciembre, 1976

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

ANTES DE LA OPERACION COLOR VERDE MAR

Mirna Lovejoy separó sus labios de los de Xavier Hagerty, y suspiró. Suspiró despacio, profundamente, como fatigada. Había en su voz un tono profundo de pasión cuando susurró:

—Xavier, esto no puede seguir así…

Xavier Hagerty la besó en la garganta, dando lugar a que ella se estremeciese nuevamente de pies a cabeza. Contra su pecho, Xavier notaba el fuerte palpitar del corazón de la muchacha.

—De acuerdo —susurró él también—, esto no puede seguir así. Por lo tanto, lo más sensato es que nos casemos, y asunto terminado. Es decir: comenzado.

—¡Xavi ¿Realmente me pides…?

—Claro que sí, mi amor. Los dos estamos ya convencidos sobradamente de que nos queremos… No tiene objeto prolongar una situación… intermedia entre nosotros. Nos casamos, tenemos hijos, etcétera, etcétera…

—Sabía que finalmente me lo pedirías… —dijo Mirna, gozosa—. ¡Sabía que me amabas tanto que por fin dejarías el F.B.I. para casarte conmigo…!

—Espera… —cortó él, sobresaltado—. Yo no he dicho nada de dejar el F.B.I., Mirna.

—Pero.., Xav, lo hemos comentado muchas veces, siempre te he dicho que no quisiera casarme con un hombre cuya vida está siempre en peligro… ¡Tú sabes que no me casaré contigo mientras sigas trabajando en el F.B.I.!

Xavier Hagerty se quedó mirando fijamente a Mirna. Durante unos segundos que parecieron una eternidad, eso fue todo lo que

hizo. Luego, se inclinó hacia delante, y de la mesita que había ante el sofá en el cual estaban sentados ambos, tomó el paquete de cigarrillos. Encendió uno, y volvió a mirar a la muchacha.

—Mirna, no puedes pedirme eso.

—¿Por qué no?

—Si realmente me amas, no puedes pedirme que abandone mi otro amor para obtener el tuyo. Los dos amores son perfectamente compatibles, y tu actitud refleja un considerable egoísmo.

—¡Egoísmo! —exclamó ella—. ¿Es egoísmo temer que pueda ocurrirte algo por estar trabajando en el F.B.I.?

—Diariamente, en todas las partes del mundo, hay miles de muertes no relacionadas con el F.B.I. La gente muere en accidentes de toda clase, por infartos, por vejez, por enfermedad, en guerras estúpidas… Mi riesgo existe, es cierto, pero es un riesgo que redunda en una utilidad hacia mis semejantes. Mi vocación por…

—Xavier —cortó ella—, no sigas. Lo hemos hablado muchas veces: no quiero ser la esposa de un agente del F.B.I., una… candidata a la viudez prematura. ¡No quiero pasar por eso!

Xavier Hagerty la miró con terrible fijeza.

—Bueno, Mirna —musitó—, se diría que, simplemente, no me amas lo suficiente para comprender y compartir la vida que yo he elegido.

—¿Eso quiere decir que piensas seguir en el F.B.I.?

—Hasta que la muerte me separe de él —musitó el agente federal.

—Xavier…, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Sólo estoy diciendo que la mujer que no está dispuesta a compartir la vida de su marido en todos los aspectos, pues… Bien, digamos que, realmente, es mejor que no haya matrimonio, Mirna.

—¡Eres tú quien no me ama a mí! —gimió la muchacha.

Xavier la miró detenidamente, atentamente. Mirna Lovejoy tenía los ojos muy grandes, de un bello color verdeazulado, expresivos, llenos de luz. Sus largos cabellos eran casi rojos, su carne era blanca, fina. En el delicioso rostro, los sonrosados labios parecían siempre ofrecer un dulce beso. El cuerpo era delgado, espléndido, de formas bien definidas. Y Mirna no era de las que besaban porque sí. Cuando besaba como lo había besado a él tantas veces, un hombre tenía que sentirse lanzado cálidamente, disparado más bien,

a esferas de vida que parecían no pertenecer a la vida vulgar en el planeta Tierra.

—Mirna, te amo. Y tú lo sabes perfectamente. Pero lo que me estás pidiendo es sólo que complazca tu egoísmo. ¿Qué quieres que haga si me retiro del F.B.I.?

—Estoy segura de que un hombre como tú encontraría cien mil trabajos interesantes.

—Seguramente. Pero no pienso hacerlo.

—¿Ni por mí?

—Si fuese para beneficiarte en algún modo, lo haría. Pero retirándome del F.B.I., a ti no voy a beneficiarte, y en cambio, dejo de estar al servicio de otras personas que en alguna parte de los Estados Unidos me están necesitando a mí…, o a otros hombres como yo.

Sería terrible que todos esos hombres dejásemos el F.B.I.

—¿Tu actitud es definitiva?

Xavier no contestó. De nuevo se quedó mirando a Mirna Lovejoy. Era una situación que al *G-man* se le antojaba absurda. Los dos se amaban, estaba más que comprobado. Ambos eran adultos, inteligentes, tenían toda la vida por delante… Una vida llena de amor. De un amor que no todas las personas encuentran por muchos años que vivan.

—¿No contestas? —musitó Mirna.

—Sabes que no es necesario. Y voy a rogarte que reflexiones sobre…

—¡No! —Mirna se puso en pie de pronto—. ¡No voy a reflexionar sobre nada, Xavier! Si acaso, reflexiona tú… Durante todo el día de mañana, estaré esperando tu llamada. Si no me llamas, entenderé que no me amas, que todo ha terminado entre nosotros.

—Te amo… —aseguró Xavier Hagerty—, En cuanto a lo de que todo termine entre nosotros, decídelo tú. Porque yo no voy a llamarte, Mirna. No para eso.

—Entonces…, entonces…, ¡no me llames nunca! ¡No quiero saber nada más de ti!

—Mirna…

—¡No vuelvas a ponerte nunca más ante mis ojos, Xavier Hagerty!

Mirna Lovejoy corrió hacia el recibidor del apartamento, recogió allí su bolsito, y salió, dando un fuerte portazo.

Todavía sentado en el sofá, Xavier Hagerty permaneció inmóvil, un tanto pálido, pero inexpresivas las facciones. En la vida hay cosas que valen la pena y cosas que no valen la pena. Para un agente del F.B.I., una mujer que le pide que abandone este servicio, no vale la pena. Pero…

—Pero… —Hagerty tragó saliva— ¡no sabes cuánto va a costarme dejar de amarte, Mirna!

Capítulo primero

Se sucedían sin descanso las admiradas exclamaciones de las damas, mientras los caballeros sonreían con amable benevolencia. A ellos no les impresionaba tanto la exhibición, pero podían muy bien comprender la impresión de ellas.

En verdad, el brillo de las joyas era para impresionar a cualquiera. Desde el rojo topacio, la verde esmeralda, el iris tornasolado de las perlas, el cegador brillo azulado, quizá blanco, quizá rojo de los brillantes…, todo, absolutamente todo, estaba presente en la exhibición que se llevaba a cabo en la cabina de recreo del yate *Raysun*, propiedad del millonario Ernest Callun.

Afuera, la noche estrellada y el mar negro con manchas de plata. Todo bello y en paz. Dentro, en el yate, el representante de la Dawson-Miami Jewelry mostraba joya tras joya, todas creaciones exclusivas de su firma, aptas sólo para millonarios: oro, plata, platino, perlas, diamantes, brillantes… Entre suspiro y suspiro de las damas, se oía el rumor del mar, la caricia del agua contra el casco del yate. Estaban abiertas las pequeñas ventanas circulares, y la brisa corría por la cámara de recreo, que ocupaba casi la mitad del espléndido yate. Detrás del representante de la Dawson-Miami Jewelry, dos hombres altos, bien vestidos de *smoking*, pero quizá algo toscas, rostro duro, mirada de águila y con un sospechoso bulto al sobaco izquierdo.

Delante, los tres matrimonios privilegiados que podían asistir a la «premier» de la última creación de la famosa joyería. Los caballeros, de *smoking* blanco. Las damas, luciendo sus joyas personales y en escotados y carísimos vestidos de noche. Eran todas millonarias, y, sin embargo, ni una sola había dejado de suspirar al ver la exhibición.

—Dios mío… —musitó una—. Creo que no voy a poder resistir esto ni un minuto más.

Todos rieron quedamente, amablemente. Había sido una broma simpática, y la cortesía exigía aquella risa general. La verdad era que, con toda su impresión, las damas se tomaban aquello con mucha naturalidad, con esa displicencia elegante que sólo proporciona la posesión de mucho dinero, la seguridad de que, en cualquier momento, lo que se ve puede conseguirse. ¿El precio? Solamente dinero. Y todos tenían allí mucho más del suficiente.

—Vean ahora la diadema diseñada especialmente por nuestro especialista en esta clase de joyas. Hasta ahora, han visto una serie de creaciones digamos de tipo… rutinario. Todas ellas muy bellas, ciertamente, y cuyo valor, como ya saben, roza los cinco millones de dólares. Todo bellísimo, bien ejecutado y conseguido gracias a la experiencia y dominio del oficio de nuestros mejores orfebres. Todo a mano, damas y caballeros. Todo maravilloso… Sin embargo, verán enseguida la diadema, valorada en setecientos cincuenta mil dólares… —sonrió profesionalmente—, o en setecientos cincuenta mil suspiros, como ustedes quieran.

Hubo alguna risa, alguna sonrisa. Un camarero del yate, el único de servicio aquella noche, y que gozaba del privilegio conseguido tras muchos años de servicio con los Callum, servía champaña helado…

—Su precio —musitó casi roncamente el joyero, apretando con sus blancas manos el estuche negro— es altísimo. Lo sabemos. Pero sólo su contemplación ya vale dinero. Se la ha bautizado con el nombre de *Luz Sideral*. Vean… Vean, damas y caballeros.

Abrió el estuche, de cara a los seis privilegiados personajes del mundo de los millones.

Pareció como si del estuche brotase un chorro de luz, de tal intensidad, que por un instante fue como si la iluminación de la cámara decreciese, como si perdiese su fuerza.

No se oyó ni un suspiro, ni una voz, ni un gemido. La cosa ya no era para tomarla a broma. Cuando el joyero alzó la diadema, toda la cámara se llenó de una luz fascinante, increíble. Era como si todo estuviese estallando en un brillo bellísimo, cegador. Los caballeros quedaron mudos de auténtico asombro. Las damas, al borde del colapso. Al viejo camarero del yate casi se le cayó la bandeja en la

que servía el champaña; el mismo joyero parecía demudado, trémulo… Incluso los dos vigilantes contratados a perpetuidad por la Dawson-Miami Jewelry relajaron su vigilancia, suavizaron su acerada mirada. Era como un arco de iris boreal, como un juego de los más bellos colores que pudieran existir en el universo.

—Santo Dios… —jadeó al fin la señora Callum—. ¡No es posible que eso… sea una realidad!

Pero lo era. Y, por tanto, nadie contestó a su comentario. Al parecer, ella era la única que había conseguido reaccionar siquiera fuese para patentizar su asombro, su incredulidad, su grado de fascinación.

Tras unos segundos más de silencio, casi de anonadamiento, el señor Callum musitó:

—¿Deseas tenerlo, querida?

—Oh, Ernest, valga lo que valga, si tú me lo obsequias, yo…

—Un momento —cortó uno de los invitados al yate—. Creo que eso no es justo, Ernest.

—¿El qué? —se asombró Callum.

—Bien… Nos has invitado, ¿no es cierto?

—Sí… Es cierto, claro…

—Bueno. Creo que los tres tenemos derecho a intentar comprar esa diadema.

—Phileas tiene razón —musitó el otro caballero.

—¿También queréis comprar la diadema?

—Exactamente.

—Pero no…, no es posible…

—¿Por qué? Nosotros tenemos tanto dinero como tú… y también queremos que nuestras esposas luzcan *Luz Sideral.*

—Pero Maureen ha sido la primera que ha dicho…

—Oh, vamos, Ernest —refunfuñó Phileas—. No me parece que tu actitud sea correcta ni justa. Nos has invitado a una exposición privada de joyas, y nosotros hemos aceptado encantados. Hemos dejado en nuestro hotel las sandalias, las camisas de colores, y nos hemos venido a tu yate con nuestras mejores galas… Se puede decir que hemos olvidado el verano unas horas, para volver a ser… personas serias. Y creo que eso no puedes olvidarlo: personas serias. ¿Qué dices a esto?

—Bien… *Luz Sideral* vale tres cuartos de millón, y…

—A ninguno de nosotros nos asusta el precio. Somos tus invitados, y merecemos por lo menos el derecho y respeto de competir. Yo doy ochocientos mil dólares por *Luz Sideral*. Y los doy ahora mismo al señor Tucker, en un cheque.

—Novecientos mil —suspiró Herbert Godfrey.

—No, no… Un momento, amigos. El precio es de setecientos cincuenta mil dólares, y no me parece que esto sea una subasta. Nadie va a pagar por *Luz Sideral* más de lo que vale, o de su valor tasado.

—¿Te niegas a dejarnos participar en la compra?

—De ninguna mañera. Pero no me parece inteligente por nuestra parte que la Dawson-Miami Jewelry sea la más beneficiada en la operación… ¿Por qué pujar? Nos jugamos el derecho a comprar *Luz Sideral*, y el que gane podrá comprarla… por setecientos cincuenta mil dólares. ¿Qué os parece?

Phileas y Herbert se miraron.

—Tu proposición —dijo el primero— es por demás razonable. Yo acepto. ¿Y tú, Herbert?

—También, naturalmente.

—Pero… —casi tartamudeó el joyero— ¿van a comprarla? ¿De verdad van a comprar *Luz Sideral*?

—Así es, señor Tucker —lo miró irónicamente Callum—. Esto es algo que usted no se esperaba, ¿no es cierto?

—Pues… La verdad es que no…

—Se equivocó. Vea por dónde en esta sola noche va a obtener una comisión magnífica por la venta de *Luz Sideral*… Mildford, tráiganos una baraja, por favor: —Sí, señor Callum— alentó apenas el camarero.

Se trajo la baraja. A indicaciones de Ernest Callum, el tembloroso Mildford fue el encargado de romper el precinto, barajar las cartas y dejar el mazo sobre la mesita.

—A la carta más alta —dijo Callum—, ¿Os parece bien?

—¿Por qué no? La suerte es igual para todos, de ese modo.

—Un momento —detuvo Herbert—, ¿cuál es la carta más alta? ¿El rey o el as?

—El as… Siempre el as, Herbert. ¿Quién quiere ser el primero?

Hubo un movimiento como de retroceso en Phileas y Herbert. Ernest Callum sonrió y adelantó una mano.

—Muy bien. Yo mismo… Veamos…

Cortó, con mano segura, sonriente. Al fin y al cabo, mirado desde un punto de vista razonable, el que perdiese aquella partida se iba a ahorrar tres cuartos de millón de dólares.

Callum mostró la carta del principio de su corte. No tuvo necesidad de mirarla para saber que había hecho un buen corte, Le bastó con ver los rostros de las esposas de Herbert y Phileas. Rostros largos, nublados por la decepción.

—¡Un rey! —exclamó la señora Callum—, ¡Oh, querido, un rey…!

Callum miró su carta, sonrió, y dejó el corte sobre las demás, indicando a Mildford que volviese a barajar.

—Ahora tú, Phileas. Animo. Quedan cuatro ases en esta baraja.

Eso era indiscutiblemente cierto. Pero Phileas sacó solamente un cuatro. Con lo cual, no sin decepción, sobre todo por parte de su esposa, quedó automáticamente eliminado.

—¡Tú cortas ahora, Herbert! —rió Callum—. ¡Y te digo lo mismo! ¡Quedan cuatro ases en la baraja!

Herbert cortó, pero, al contrario que los demás, no mostró su carta, sino que fue el primero en mirarla, lentamente, escondiéndola de la ansiosa mirada de Callum.

Y cuando Herbert alzó la mirada, había una brillante luz irónica en sus ojos.

—Tenías razón, Ernest —casi rió—: quedan cuatro ases en la baraja… ¿Sirve el de tréboles?

Alzó la mano entonces, colocando ante los ojos de Herbert y Ernest la carta mencionada.

—¡Un as! —chilló la señora Godfrey—. ¡Nadie puede ganarte, querido! ¡La…!

—Se equivoca, señora —dijo una voz, en la entrada a la cámara de recreo—. Nosotras tenemos una carta mucho mejor que la de su esposo. Es decir, no una, sino varias. Véanlas bien… y recapaciten.

Se volvieron todos, sobresaltados; las señoras dando un gritito de miedo. Los dos guardaespaldas de Tucker respingaron al ver allí aquellas figuras con trajes submarinos, de goma de color verde mar. Cada uno de aquellos personajes llevaba en las manos una pequeña metralleta, de cañón corto, rutilante, de tubo muy grueso…

Y para su desgracia, los dos acompañantes del joyero quisieron

cumplir con su trabajo. Llevaron rápidamente las manos a los abultados sobacos, crispados de pronto sus rostros, comprendiendo la descorazonadora y vulgar realidad: aquello era un atraco. Un atraco en aguas de la elegante Flamingo, al sur de la Florida. Un atraco en toda regla, que sin duda, había sido preparado, planeado, estudiado…

Para su desgracia, sí. Porque apenas intentaron tocar sus pistolas, tres de los personajes ataviados con trajes de goma color verde mar, apretaron los gatillos de sus extrañas armas. No tan extrañas, por otra parte, puesto que, como cualquier otra arma, aquéllas servían para matar. En cuanto al grueso tubo de las pequeñas metralletas, se comprendía fácilmente su utilidad de silenciador, ya que sólo se oyó una serie de sonidos secos, como pequeñas burbujas explotando. Y apenas si hubo humo de pólvora quemada, como si los gases fuesen absorbidos por las propias armas.

Pero los dos guardaespaldas y Tucker recibieron cada uno la ráfaga que les iba destinada. Una ráfaga certera, mortal… perfecta. Cayeron en montón, ensangrentados bruscamente, retorcidos. En verdad, trágico, alucinante, espantoso. *Luz Sideral*, con el estuche, saltó de la mano de Tucker, y fue a caer cerca de los pies de Ernest Callum, que ni siquiera se atrevió a mirar, a moverse lo más mínimo. Ni siquiera pestañeó, tan aterrado estaba.

Mildford perdió la fuerza de sus manos, y la bandeja, que había recogido para servir nuevamente champaña, cayó al suelo, con un tremolante golpe metálico que los estremeció a todos. Entonces, otro de los personajes disparó contra él, y lo envió, a balazos, contra uno de los tabiques de la cámara de recreo…

—Tenga la bondad, señor Callum, como buen anfitrión, de recoger todas las joyas, ponerlas en este saquito y entregármelo todo.

Callum quiso decir algo, pero su voz no brotó. Estaba lógicamente asustado, estremecido de espanto. Pero, al menos, sí pudo moverse. Metió en el saquito de plástico todas las joyas de la exhibición, y se acercó al personaje.

Entonces sí pudo hablar; pero fue para decir una tontería:

—Esto… es… un atraco…

—Efectivamente… —recibió una sonrisa—. Un atraco bien

preparado, señor Callum. Sabíamos la hora, el día, el lugar… Todo. Sólo hemos tenido que nadar hasta aquí después de saltar de una lancha, matar y recoger el botín. Supongo que eso resulta sorprendente en seis damas tan bonitas.

Ernest Callum se atragantó. En verdad que las seis mujeres ataviadas con trajes de goma color verde mar parecían bonitas de rostro. En cuanto al cuerpo, no había la menor duda. Cuerpos bellos, esbeltos, fuertes, bien proporcionados…

—¿No se le ocurre nada que decir, señor Callum?

—No… No.

—Entonces, tenga la bondad de retroceder. Los otros dos caballeros, también.

Reúnanse todos allá, al fondo.

—¿Qué… qué piensan hacer… con… con nosotros…?

—Nada. Sólo queremos tener la seguridad de que no van a intentar nada mientras subimos a cubierta, nos lanzamos al mar… y desaparecemos. Al fondo, señor Callum.

—No… Espere… Sé lo que están pensando; lo que quieren hacer… Todos somos muy ricos aquí… Todos. Les daremos…, les daremos lo que nos pidan, lo que sea… ¡Les daremos todo lo que tenemos!

—No somos ambiciosas. Con el botín normal tenemos suficiente. Retroceda.

—Pe… pero sé que… que van a… a…

Ernest Callum no tuvo fuerzas para seguir hablando. Se le secó la garganta. En realidad, se le secó todo, como si de pronto se hubiera convertido en un viejo tronco muerto mucho tiempo atrás. Tan seco quedó, que ni siquiera pudo moverse.

Hubo un fruncimiento de cejas en la sirena del traje color mar, y, tras el fruncimiento, se limitó a apretar el gatillo. Ernest Callum saltó hacia atrás, chillando, con el pecho lleno de sangre. Los otros cinco ni siquiera tuvieron tiempo de aterrarse, ya que las demás sirenas dispararon también sus metralletas de corto cañón silenciador… En realidad, todo, desde el principio, había tenido las características de un asesinato en masa, premeditado, organizado.

Cuando en el yate dejaron de oírse los acolchados estampidos de las rutilantes armas, sólo había cadáveres por el suelo. En pie, las seis mujeres con trajes de goma color verde mar.

—Ved si están todos muertos —dijo la que mandaba el grupo, al parecer—. No hay que dejar ninguna pista.

—¿Ninguna? —rió otra de las sirenas asesinas.

—Oh, bueno, querida… Tienes razón… Deja tú las huellas, ¿quieres, encanto?

CAPÍTULO II

Sentado ante la mesa del inspector Gordon, jefe de la Delegación del F.B.I, en la zona de Miami, el agente Xavier Hagerty asintió con la cabeza.

—Entonces, señor, como eso ocurrió fuera de las aguas nacionales, el caso corresponde al F.B.I.

—Un crimen en alta mar… —asintió Gordon, con su gran cabeza llena de canas—. Quiero decir, diez crímenes, Xavier.

—Claro. Eso… es una salvajada atroz, señor. Podían haberse llevado las joyas del muestrario recién creado sin matar a nadie. Como máximo, a los dos guardaespaldas del representante de la joyería, que iban armados. Pero, a los demás, ¿por qué? ¿Por qué esa carnicería?

Gordon se quedó mirando atentamente a Xavier Hagerty. Aquel muchacho rubio, de ojos claros e inteligentes, le gustaba. Era vivaz, simpático, atlético, fuerte, incansable a sus treinta y dos años. Vestía bien, pero parecía tomarse un poco a broma aquella natural elegancia suya, tan personal… Se podía distinguir al rubio Hagerty desde una milla de distancia, tan sólo viéndole caminar, con aquel gesto que parecía indicar que le sobraba envergadura de hombros.

—Los atacantes fueron seis, según nos dicen en Balística, ya que se han encontrado seis diferentes tipos de bala… Mmmm… No. Las balas eran idénticas. He querido decir que en Balística, por las estrías de las diferentes balas, aseguran que las armas fueron seis.

—Seis atacantes. Bien. ¿Se sabe algo de ellos?

—No. Solamente suponemos que llegaron al yate por mar. Evidentemente, utilizando trajes de goma, de buceadores. En el piso de la cámara se veían manchas de agua de mar.

Fue analizada.

—Ajá. ¿A cuánto asciende el botín, según la joyería?

—Unos seis millones de dólares.

—Dios… Bueno, ya verá cómo encontramos a esa gente, señor. Si nos ponemos a trabajar enseguida… ¿A quién llevo conmigo? Supongo que a compañeros que entiendan de cosas de mar, porque si el asunto ha sido llevado a cabo en alta mar, por hombresrana…

—No. No es eso, Xavier.

—¿Cómo?

—Bueno… Lo de alta mar, es un justificante más para que intervenga el F.B.I., naturalmente. Pero aunque hubiese sido un atraco vulgar en tierra firme, tendríamos que tomar cartas en el asunto.

—¿Por un robo de joyas? —sonrió Hagerty.

—Tony Leopard ya intervino hace poco más de un año en el asunto de un robo de joyas. Claro que fue a requerimiento de la policía, pero… Bueno, el caso es que este asunto nos corresponde con pleno derecho.

—¿Nos lo ha solicitado la policía?

—No. El atraco ha sido llevado a cabo por agentes del F.B.I.

—Ah. En este caso… ¡Cómo…! ¡Jefe, usted no…!

—Cálmate.

—¡Por todos los…! ¿Cómo quiere que me calme escuchando semejante tontería de mi jefe de…?

—Calma, Xavier. ¿Tienes idea de lo que son las huellas digitales de una persona?

—Mmm… Sí, tengo idea de eso. ¿Y…?

—En la cámara donde fueron encontrados los diez cadáveres, había huellas de tres agentes especiales del F.B.I. Sin lugar a dudas, Xav. Ya sabes: una huella digital es algo que no puede…

—¡Sé muy bien lo que es una huella digital! —explotó Hagerty —. ¿De qué demonios está usted hablando? ¡Ningún chico del F.B.I, haría…!

—Se trata de tres agentes que desaparecieron de sus respectivas Delegaciones. En cuanto a la legitimidad de sus huellas, no hay ni la menor duda.

—¿Qué quiere decir eso de que «desaparecieron»?

—Desaparecieron, eso es todo. ¿Quieres conocerlos?

—¿A esos tres…? ¡Sí, desde luego!

—Muy bien.

Gordon sacó el proyector a pilas de un cajón, junto con un sobre. Lo apuntó a la pared, y cuando estaba a punto de introducir en la ranura la primera diapositiva, Hagerty preguntó:

—¿Cómo sabe ya todas esas cosas?

—Hay tres muchachos trabajando en esto. Ya hemos reunido todos los datos necesarios para emprender en serio el asunto.

—¿Y tengo que llevarlo yo?

—Sí.

—¿Por qué, si ya hay tres compañeros metidos en esto?

—Estoy seguro de que tú mismo irás viendo la relación. Ahora, mira bien estas fotografías en color, y escucha atentamente. Este es el primero de los *G-men* desaparecidos… —apareció la imagen de un hombre en la pared—. Se llama Axel Williams, tiene veintinueve años, es soltero, sin compromiso… Dedicado de lleno al F.B.I., en cuerpo y alma, hasta el momento de su desaparición. Pertenecía a la Delegación de Houston, y allá dejaron.de saber de él el día veinte del pasado mes de junio. ¿Visto?

—Sí, señor.

—El segundo desaparecido. Su nombre es Fred McCoy, tiene treinta años, es soltero, sin compromiso, y jamás ha sido censurado por nada en su vida privada o profesional. Pertenecía a la Delegación de Nueva Orleáns, hasta que desapareció el día ocho de julio, es decir, dieciocho días después que Axel Williams.

—¿Tiene eso importancia?

—Todavía no lo sabemos. Veamos el tercero —apareció otro rostro varonil en la pared—. Su nombre es Robert Compton, también soltero, sin novia, sin líos de ninguna clase… Un buen agente especial, con magnífico futuro. Tenía cuando desapareció treinta y cuatro años. Estaba en la Delegación de Tampa, y desapareció el día veinticinco de julio.

Xavier Hagerty hizo un rápido cálculo mental.

—Mmmm… Es decir, diecisiete días después que Fred McCoy… Parece que los intervalos de desaparición vienen a ser muy parecidos: dieciocho días, diecisiete días… ¿Y bien?

—Las huellas de estos tres hombres han sido encontradas en el yate de Ernest Callum, como te decía. Pero, esto no es lo realmente sorprendente, Xav, sino…

—Usted tiene hoy un humor excelente… —masculló Hagerty—. Me está diciendo que…

—Cierra la boca un rato, por favor —gruñó Gordon—. Quiero decir que esto no es lo más sorprendente de todo. Como comprenderás, al conseguir estas huellas en el yate, las enviamos a Washington, solicitando las correspondientes identificaciones. Imagínate mi asombro cuando me envían por correo privado un sobre lleno de papeles y toda clase de datos referentes a este asunto de lo que se está llamando el «gang» del F.B.I. Presta atención, Xav. El día veinte de junio, el agente especial Alex Williams desaparece. A los doce días, esto es, el primero de julio, se comete un atraco en una joyería de

Nueva Orleáns, en la cual muere un hombre, el vigilante nocturno de seguridad. En esa joyería se encuentran fácilmente, con toda claridad, las huellas de Axel Williams, desaparecido una docena de días antes de la Delegación de Houston.

—¿Fue de Houston o Nueva Orleáns a…?

—El día ocho de julio, desaparece en Nueva Orleáns el agente especial del F.B.I. Fred McCoy. Nueve días más tarde, el diecisiete del mismo mes, se comete un atraco en una joyería de Tampa, y mueren dos hombres: el vigilante de rutina y un policía que tuvo la mala suerte de aparecer… a destiempo. Bien: pues en esa joyería de Tampa, son halladas las huellas de Alex Williams y Fred McCoy.

—Pero…

—Pocos días después, exactamente el día veinticinco de julio, desaparece de la Delegación de Tampa el agente Robert Compton. Y ocho días más tarde, cerca de Flamingo, se atraca el yate de Ernest Callum, en el cual tenía efecto una exposición o exhibición privada de joyas recién diseñadas, últimas creaciones de la Dawson-Miami Jewelry. El yate es atracado, y ahora mueren diez personas. En el yate son encontradas las huellas de los agentes especiales del F.B.I, llamados Alex Williams, Fred McCoy, Robert Compton.

—¿Se han ido… asociando? —musitó Xavier, pálido.

—Eso parece. Fíjate bien cómo van las cosas, Xav. Desaparece un agente de Houston, y pocos días después atraca una joyería en Nueva Orleáns; de esta misma ciudad desaparece el agente Fred McCoy, quien a los pocos días de su desaparición atraca una joyería, junto con Axel Williams, en Tampa. A los pocos días, de

Tampa desaparece el agente llamado Robert Compton. Y poco después es atracado el yate de Ernest Callum, en el cual aparecen las huellas de los tres agentes desaparecidos. ¿Te das cuenta?

—Creo que sí… En cada ciudad donde se comete un atraco, un agente del F.B.I, se va sumando a los anteriores.

—Exacto.

—Es una… curiosa cadencia de acontecimientos, ¿verdad?

—Muy curiosa.

—Mmm… ¿Cree que sucederá lo mismo en Flamingo, señor?

—¿Crees que allá desaparecerá otro agente especial? —musitó astutamente Gordon.

—Bueno… No sé… Esto parece un juego en el que una vez conocida la clave, todo es sencillo… Y nosotros tenemos agentes en Flamingo, ¿no es cierto? Y puesto que allí ha sido dado el último golpe, quizá se agregue allí otro agente especial.

—Parece todo como una simple suma —susurró Gordon—. Pero la verdad es que no tenemos otra pista: en cada lugar donde se comete un atraco, se ha unido un agente más. Y en cada lugar, desaparece un nuevo agente, que luego interviene en el siguiente atraco.

—¿Usted cree o no que desaparecerá un agente del F.B.I, de los destinados en Flamingo?

—No lo sé. Pero insisto en que ésa es toda la Dista que tenemos. También podría ser que vinieran a Miami en busca del próximo agente especial… ¿Te das cuenta de un detalle, Xav? Ellos siempre van siguiendo la costa: Houston, Nueva Orleáns. Tampa, Flamingo… Nunca van tierra adentro, sino a lugares cercanos al mar o a la misma orilla del mar.

—¿Y cree que ahora tocará Miami?

—Es una teoría.

—Parece buena… —reflexionó Xavier— Pero no nos ayuda gran cosa. Si primero dan el golpe y luego se agrega otro agente…

—El caso es que en Flamingo han dado un golpe. Por tanto, siempre de acuerdo con la lógica que nos rige hasta el momento, allá tendría que agregarse otro agente.

—Ah… Entiendo. ¿Vamos a vigilar a todos los chicos destinados en Flamingo, esperando que uno de ellos…?

—No, no, no… Eso no será necesario Xav.

—¿No?

—No… —sonrió secamente Gordon—, ¿Te has fijado bien en estos tres hombres del F.B.I.? Todos ellos tienen algo en común.

—¿Se conocían, quizá…?

—Ah, no, no… Sobre eso, nada. A veces, cosas sorprendentes se solucionan relacionando a la gente entre sí. Pero en este caso, nada ha dado resultado. Estos tres hombres, según todos los indicios, jamás se habían visto, no se conocían ni tenían ni idea de las existencias de los otros dos. Se ha estudiado a fondo sus vidas, que ya constaban en los archivos de Washington. Nada: ni fueron a la misma escuela, ni a la misma universidad, ni estuvieron juntos en la Marina o cosas así, ni visitaron las mismas ciudades… En fin, que ninguno había tenido ni el menor trato con los otros.

—Entonces…, ¿qué es lo que tienen en común? ¿Que son solteros?

—Ese es uno de los puntos. ¿Ves otro más?

—Bueno… ¿Que son rubios?

—Exacto. Tres hombres jóvenes, excelentes cumplidores de su trabajo, solteros y rubios, altos y fuertes. No me mires tan irónicamente, Xav… —farfulló Gordon—. Yo he trabajado con pistas peores que ésa.

—¿Quién lo duda? Pero tendrían una cierta… seriedad, ¿no?

—Cualquier cosa puede ser una pista.

—Sin duda. Déjeme pensar… Usted está tramando ahora que yo vaya a Flamingo, vigile al agente de allá que sea guapo, alto, fuerte, rubio y soltero y así, cuando aparezcan los otros tres, los atrapo a todos… *Okay*?

—Esa es la idea… aproximadamente.

—¿Aproximadamente?

—Quiero decir que no te costará gran cosa vigilar a ese agente especial del F.B.I., alto, guapo, fuerte y rubio. Muy rubio. Muy soltero y muy rubio.

—Vaya, demonios, casi parece que estemos hablando de mí, porque yo soy…

Se calló de pronto, captando la mordaz mueca del inspector Gordon. Pareció que fuese a decir algo, cambió de idea, abrió de nuevo la boca y la volvió a cerrar de golpe.

—¿Se te ha ocurrido algo? —preguntó inocentemente Gordon.

—No me gusta servir de cebo.

Gordon encogió los hombros.

—Tenemos preparada una comedia casi divertida para esta noche, en la que tomarás parte, a fin de que no haya luego ninguna clase de fallos. Está todo preparado para actuar dentro de tres horas. Esa comedia tiene que salir muy bien.

—¿Qué comedia?

—Un pequeño truco del F.B.I. Por una vez daremos publicidad a nuestras intervenciones. Espero que seas fotogénico, porque mañana temprano saldrás en algunos periódicos. Especialmente de los que llegan a Flamingo. Péinate bien, sonríe valientemente y lleva tu mejor traje de calle. Así te distinguirás entre tanta gente de etiqueta como habrá allí.

—¿Dónde?

—En un club.

—¿De verdad voy a servir de cebo?

—De verdad. Y la culpa es tuya, por ser alto, guapo, soltero y rubio. Ah, un detalle: es mejor que empieces a cojear, para que a partir de mañana te salga bien la imitación.

—Imitación… ¿de qué? —bufó Xavier.

—De un hombre heroicamente herido en una pierna durante el cumplimiento de su deber.

CAPÍTULO III

Debía ser cierto que todas las cosas tienen sus ventajas y sus inconvenientes. Y, además, por fortuna, hasta el momento todo habían sido ventajas agradables, con el único pequeño inconveniente de tener que andar siempre cojeando de un lado a otro, apoyado en el bastón que le habían proporcionado en Material Especial de la Delegación.

Llevaba vendado el muslo izquierdo, por el centro. Y encima de la venda, una suave faja transpirable, de color carne. Era un modo muy discreto de soportar la herida, sin llamar demasiado la atención, y tenía la ventaja de que podía pasearse lentamente por las playas, en «slip», como buen muchacho tomando unas forzosas vacaciones, no muy divertidas, pero sí alegres y bonitas, con el radiante sol de Flamingo sobre su cabeza, y el intenso azul del mar siempre ante sus ojos. Claro que, como el mar es tan extraordinario, a veces, en lugar de azul, parecía verde… Bueno, ¿qué más daba?

Como correspondía a un hombre de ingresos no cuantiosos, Xavier Hagerty se había alojado en un lugar discreto, pero no demasiado lejos de Flamingo Lodge, el hotel para millonarios. Desde la terraza-bar del Seaview Motel, donde tenía una cabaña, veía las pistas de golf, el mar, las pequeñas islas… El mar estaba lleno de manchas blancas: yates, balandros, lanchas, veleros, patines… Y hasta había algunos rojos, y amarillos, y azules… Se veían largas rayas blancas de la espuma que iban dejando atrás los esquiadores acuáticos…

Si, señor. Se estaba bien allí. Con dos días de estancia, empezaba a cogerle gusto a la cosa. Lástima que si el plan no daba resultado en un par de días más, la orden era volver a Miami, a trabajar en serio.

—¿Va a tomar algo, señor?

—Jugo de naranja.

Se acomodó placenteramente en la silla de colores, bajo el parasol. Encendió un cigarrillo, mirando amablemente a todos lados. La vida de millonario debía ser buena. Un poco aburrida a la larga, quizá, pero buena, buena.

Lo único irritante de todo aquello era que a Xavier le gustaba trabajar, y los «otros» no parecían buscar el contacto, a pesar de ser él muy alto, muy rubio y muy soltero. ¿No vendrían a Buscarlo? ¿Acaso ni siquiera sabían que estaba allí?

CAPÍTULO IV

Estaba bien enfocado en el centro de los círculos de visibilidad de los prismáticos. Desde lejos se le veía muy bien. Destacaba su poderoso tórax, la anchura de sus hombros, la rubia cabellera…

—¿Qué está haciendo ahora?

—Le han traído un jugo de naranja, me parece. Y está fumando.

—Se toma la vida con calma, ¿no es así?

—Está herido, y aprovecha las vacaciones. Tengo entendido que no son muy frecuentes en el F.B.I.

—¿Los heridos? —rió uno.

—Las vacaciones —rió también otro—. Casi aseguraría que ese *G-man* está contento por haber sido herido, de modo que puede tomarse estas vacaciones…

—El periódico dice que la herida es de poca importancia. Pero fue el héroe de la jornada.

Los prismáticos se abatieron, de modo que el hombre dejó de ver al agente especial del F.B.I. Xavier Hagerty. Depositó los prismáticos en la cubierta y tomó el periódico una vez más. Allá se veía la fotografía de Xavier Hagerty, con el gesto de quien, a pesar del dolor de una herida, intenta sonreír valientemente. Junto a él, dos hombres de aspecto asustado; detrás de Hagerty, otros dos hombres, hosco el gesto. Debajo de la fotografía, el artículo en el que se explicaba «la inteligente redada del F.B.I, en un lujoso *night-club* de Miami, durante la cual, dirigidos por el agente especial Xavier Hagerty, unos cuantos hombres del F.B.I, habían atrapado, por fin, a dos contrabandistas de drogas». Se resaltaba la actuación de Hagerty, y se lamentaba la herida que había recibido cuando uno de los contrabandistas intentó escapar por un callejón lateral, pistola en mano…

—No sé qué pensar de todo esto —musitó el que leía el periódico, por enésima vez.

—No te entiendo, Lionel.

—No sé… No me gusta, eso es todo.

—¿Por qué?

—Porque el F.B.I, jamás da publicidad a sus actuaciones.

—No digas tonterías.

—¡Conozco muy bien al F.B.I.!

—¿Y qué? No es nada del otro mundo ver fotografías de sus actuaciones. Siempre hay algún fotógrafo avispado que está en el momento oportuno listo para disparar su cámara.

—No me gusta, Gary. Hasta ahora hemos seguido un sistema que ha dado buenos resultados. ¿Por qué cambiarlo?

Gary Samuels encogió los hombros. Era un muchacho joven, ancho de hombros, muy bronceado por el sol, atlético. En cambio, Lionel De Stenfa, a sus cincuenta años, parecía huir del sol, pese a que vivía en un yate, el *Green Sea*. De Stenfa era de mediana estatura, ligeramente obeso y un poco calvo. Tenía negros los ojos, de gran poder penetrante, inteligente. En aquellos momentos, la expresión de aquellos negros ojos era dura, desconfiada.

—Tú eres el jefe —refunfuñó Gary—. De manera que decide si nos quedamos con él o buscamos otro. Aunque yo creo que eso sería complicarnos la vida. ¿Qué más da ese Hagerty que otro?

—Allí viene Charles —eludió la respuesta De Stenfa.

Se acercaba al yate una lancha, roja y blanca, muy llamativa, con un hombre al volante. Poco después, la lancha se detenía al costado del yate, y Charles Dexter, tras amarrarla a la escalerilla de acceso, aparecía en la cubierta.

—Hola… —saludó—. ¿Cómo va ese estudio del personaje?

—Está tomando jugo de naranja —musitó De Stenfa—. Es todo lo que puedo decirte, Charles.

Charles dirigió una mirada a Gary, que volvió a encoger los hombros, dando a entender a su compañero que no tenía comentario que añadir. Charles miró hacia la terraza-bar del Seaview Motel, como si pudiera ver a simple vista al personaje central de aquel asunto: el agente especial del F.B.I. Xavier Hagerty.

—¿Algo no va bien? —musitó.

—Todo parece normal… —dijo De Stenfa—, Pero le estaba

diciendo a Gary que no me gusta esto. ¿Has registrado su cabaña?

Charles asintió con la cabeza, sonriendo. Parecía una copia de Gary Samuels: alto, bronceado, joven, atlético.

Los dos eran guapos muchachos, simpáticos, risueños.

—La he registrado. Y no hay ninguna clase de arma. Algunos libros de Criminología, tres o cuatro novelas, una cámara fotográfica, ropa corriente… Está de vacaciones. Voy a echarle un vistazo.

Cogió los prismáticos, y de nuevo Xav Hagerty quedó encerrado en el doble círculo óptico.

—Pues es cierto: parece que toma jugo de naranja.

—Lo estamos mirando como si fuese un pato a punto de poner un huevo… —refunfuñó Gary—. ¿Por qué tanta cosa? El es un agente del F.B.I., está de vacaciones, y por eso todo resultaría más simple si fuésemos a por él. Aún tardarían más en darse cuenta de su desaparición.

—Olvidas una cosa —dijo lentamente De Stenfa—: cuando ese federal llegó a Flamingo, lo primero que hizo fue ir a cierto lugar, donde estuvo charlando con tres hombres que, para nosotros estuvo bien claro, eran del F.B.I.

—¿Y eso no es lo que hace siempre un federal cuando llega a un sitio? Va a ver al jefe de aquella zona, se presenta, le dice lo que sea, y luego va a lo suyo, a menos que el trabajo requiera la ayuda del jefe de zona del F.B.I. Y en casi dos días que lo estamos vigilando, Hagerty se está aburriendo en solitario. Además, Lionel, tú estabas pensando en ir a Miami a por el siguiente agente, ¿no es así?

—No era fácil localizarlos en Flamingo. En cambio, en Miami, nos bastaba esperar delante del edificio federal, igual que hemos hecho en Houston, Nueva Orleáns y Tampa; y a esperar al agente rubio.

—Eso es un capricho tonto de las niñas… —masculló Charles—. ¿Qué más da que sean rubios, morenos o pelirrojos?

—¿Y por qué no han de ser rubios? —sonrió Gary—. A mí, todo esto de los caprichos de Los Angeles del Mar me divierte horrores. Si se han encaprichado de chicos rubios, ¿qué nos importa a nosotros? Ya nos llegará el turno a los morenos, hombre.

—Al demonio —se estremeció Charles—: yo no quiero nada con

esas nenas, Gary. ¡Brrr…! A mí, que me den mi trabajo de llevar la lancha de un lado a otro, llevarlas detrás cuando esquían, y ya hago mi trabajo. Cuando quiera una chica, las hay a miles por ahí.

Lionel: ¿a cuál de ellas has enviado para el contacto?

—A Nancy. Y si no has de mirar con los prismáticos, dámelos.

—Ahí van… Espero que Nancy no olvide que tenemos actuación dentro de un par de horas. Ese federal es muy guapo. ¡Y rubio…!

Se metió en el interior del yate, riendo, mientras Gary y De Stenfa continuaban en cubierta, bajo la toldilla, el segundo observando de nuevo a Xavier Hagerty, en la terrazabar del Seaview Motel. Charles regresó un par de minutos después, comiendo un bocadillo con formidable apetito.

—Bueno, ¿cómo va eso? No vamos a pasar la vida… —Sssst… Ahora llega Nancy cerca del federal…

CAPÍTULO V

Primero sólo vio una sombra, a su izquierda, y no le, prestó demasiada atención. Pero de pronto, comprendió que aquella sombra era una persona que se estaba acercando demasiado a él, y que iba a chocar precisamente con su pierna izquierda…

En efecto: una diminuta rodillita, muy tostada por el sol y perfectamente visible por debajo de la línea de la minifalda, chocó de pronto, muy exacta, justo donde tenía el vendaje cubierto por la musculera transpirable. Inmediatamente, se oyó una contenida exclamación, como un gritito de sobresalto, mientras Xavier Hagerty se ponía en pie bruscamente, crispando las facciones, apretando con fuerza los labios.

Quedaron los dos mirándose. Ella, consternada, turbada. El, con el gesto de quien está haciendo grandes esfuerzos para no decir nada; ni siquiera para lanzar un grito de dolor, pero llameantes de ira los ojos.

Por fin, la muchacha dejó escapar un suspiro, miró la muslera del *G-man* y luego fijó en él sus hermosos ojos azules, ingenuos…

—Lo… lo siento…

—Más lo siento yo.

—Yo… yo iba… iba distraída, porque… porque…

—¿Por qué?

—Temo… temo que iba mirando para atrás…

—Pues hay que mirar hacia delante.

—Sí… Sí, señor… Le ruego que me perdone.

—¿Ganaría algo perdonándola? —gruñó Hagerty.

—Pues… Oh, lo siento tanto…

Xavier Hagerty se sentó, bruscamente. Y de pronto, al hacerlo, volvió a crispar el rostro en un gesto de dolor. Inmediatamente, el

gesto fue de quien acepta con resignación los males que le proporciona el destino, y se quedó mirando fijamente a la muchacha. Muy bonita, por cierto. Delgadita, pero teniendo de todo en buenas proporciones. Joven, con aquellos hermosos ojos azules, la boquita redonda y dulce, los cabellos rubios. Llevaba un veraniego vestidito de minifalda; es decir, que llevaba muy poca cosa.

—Bien… —volvió a gruñir el *G-man*—. ¿Está esperando mi defunción, quizá?

—No… ¡No, señor!

—Entonces, siga su camino. No me fío de usted.

—¿Có… cómo dice…? —tartamudeó la muchacha.

—Que no me fío de usted. Es capaz de dejarme cojo para toda la vida. Eso, suponiendo que mi vida dure mucho. Mire, haga una de estas dos cosas: siga su camino, o siéntese.

¡Pero no esté delante de mí, me da la impresión de que volverá a atacarme!

—Pe… pero yo…, yo no le he atacado, señor. Solamente… Oh, yo le pido perdón…

—Es la milésima vez. Decida: ¿se sienta o se va?

La muchacha vaciló, todavía turbada.

—¿Es… es usted del motel? —preguntó.

—Claro.

—¡Oh! ¡Entonces me sentaré!

Y lo hizo. Se quedó mirando todavía como asustada a Xavier, y, de pronto, sorprendiendo al *G-man*, sonrió ampliamente mostrando unos dientes chiquitines, muy blancos.

—¿De qué se ríe? —masculló Xavier.

—Usted no tiene tan mal genio como parece, señor.

—¿Eso le hace gracia?

—Es que… al principio me pareció que… que iba a pegarme…

—Fue una de esas buenas ideas que uno se arrepiente de no haber llevado a la práctica.

Si gusta…

Hagerty alzó su vaso de jugo de naranja. Y ella, mientras lo miraba beber, dijo: —Preferiría un coñac.

El agente del F.B.I, casi se atragantó con el jugo de naranja. Bajó el vaso y se quedó mirando atónito a la bella rubita.

—¿Un… coñac? —musitó.

—Sí… Es que dentro de poco tendré que ir al agua, y un coñac da calor.

—Ah… Al agua, ¿eh?

—Sí, señor. Oiga —se inclinó confidencialmente hacia él—: ¿de verdad es usted del motel?

—Claro, repito. Bueno…, un momento. No soy del motel, sino que estoy alojado en el motel. Creo que no es lo mismo.

El rostro de la muchacha reflejó un clarísimo desencanto.

—No… No es lo mismo…

—Pero si pido un coñac, lo traerán.

—Bueno…

Hagerty llamó a un camarero, por señas. Le pidió un coñac, y el hombre los dejó nuevamente solos, en la mesita apartada de la terraza. El *G-man* ofreció un cigarrillo a la muchacha, y cuando se lo hubo encendido, preguntó, de pronto:

—¿Acaso está en algún apuro?

—No… Realmente, no. Me gusta este motel, pero supongo que hay otros.

—Sí… Hay otros, desde luego. Mire, nena, no la comprendo.

—Quería alojarme aquí un par de días, o tres, quizá. Pero no hay cabañas libres. Y al decir usted que era del motel, pensé que podría arreglarlo…

—¿Después de querer matarme? —frunció el ceño Xavier.

—Me pareció… que le resultaba simpática. Y como todos dicen que soy bonita…

Bueno, creo que además soy un poco tonta, ¿verdad?

—Para saber eso habría que hacerle un «test», nena.

—¡Oh, ya me lo hicieron…!

—¿De veras? —casi rio Xavier—. ¿Y cuál fue el resultado?

—Dijeron que soy más bien normalita. Ni tonta ni demasiado lista, dijeron.

—Es el punto exacto de la mujer —aprobó el *G-man*—. Eso, en cuanto a capacidad craneana. Respecto a lo otro, creo que también está en su punto. Un poco joven todavía, quizá.

—Ya tengo veintitrés años…

—¡Qué barbaridad! —sonrió Hagerty.

—Yo…

El camarero regresó, sirvió el coñac a la muchacha rubita, y se alejó. Ella quedó sin saber qué decir, como si hubiese olvidado sus pensamientos anteriores. Bebió un sorbito de coñac, carraspeó, y se quedó pensativa.

—¿De qué estábamos hablando? —preguntó.

—De mi pierna: usted se proponía acabar de destrozarla.

—¿Está herido?

—Ajá. De la guerra.

—Oh… ¿En Vietnam?

—No: en Cuba.

—¿Hay… hay guerra en Cuba? —exclamó la muchacha.

Hagerty alzó los ojos hacia el cielo azul, derrotado.

—Fue un accidente de moto. Soy un deportista, ¿sabe?

—Oh, sí, es lo que pensé al verle…

—Y usted, ¿qué es?

—¡También soy deportista!

—¡Toma, qué bien! ¿Ajedrez o damas?

—Esquí acuático —rió ella.

—¡Estupendo! Podríamos los dos… No. Parece que no podrá ser, ¿verdad, nena? Ya sé que se puede esquiar con una sola pierna, pero eso se lo dejaré a usted. Yo seguiré tomando jugo de naranja, tan ricamente…

Un hombre apareció ante ellos, cámara en ristre, y antes de que ninguno pudiera decir nada, les tomó una fotografía. Luego, se acercó a ellos, sonriendo. Llevaba «shorts» y un jersey blanco deportivo; nada más que eso.

—Hola… —sonrió—. Me pareció que les gustaría una foto en tan bello lugar.

Solamente un dólar por copia. Si quieren…

—No queremos fotos —cortó hoscamente la muchacha.

—¿Por qué no…? —sonrió Hagerty—. ¡Claro que las queremos, amigo! Háganos cinco mil copias.

La rubia se quedó sin aliento, y el fotógrafo, boquiabierto… Acabó por meterse un meñique en una oreja, como si estuviese destapándola para oír mejor.

—¿Ha dicho cinco mil copias, señor?

—Ajá.

—Bien… Tendré que hacerle un precio especial, claro… Pero no

sé si podré servírselas hoy mismo, porque dentro de tres horas me largo a los lagos, a pescar. ¡Vacaciones!

—Es una broma… —dijo la muchacha—. No queremos cinco mil copias… ¿Verdad que no?

—Sí, sí… Serán necesarias.

—Pero…, ¿para qué?

—Haremos como en el viejo Oeste de los pistoleros: pondremos las copias de mi amiguita pegadas a los álamos, fachadas de tabernas y sitios así. Y añadiremos un «Wanted». No habrá recompensa por capturarla, sin embargo. Pero podremos advertir a los caballeros que estén heridos de que tengan cuidado con la mujer de la fotografía si quieren conservar sus piernas.

—Je, je… —rió el fotógrafo—. ¡Je, je, qué bueno! Yo la vi cuando ella le… ¡Je, je!

—Vamos a conseguir que se enfade —sonrió Xavier—, de manera que dejaremos la broma. Envíeme dos copias a este motel, antes de irse a pescar, supongo.

—Sí, señor… Las enviaré. ¿Su nombre?

—Xavier Hagerty.

—*Okay*, señor. Hasta otra.

—Adiós, simpático.

El fotógrafo se alejó, riendo, y Hagerty se quedó mirando irónicamente a la muchacha.

—Bien… Parece que tendremos que volver a vernos, aunque sólo sea para entregarle su copia. Aunque, por lo enfurruñada que está, yo diría que no la quiere.

Ella vaciló, pero acabó por sonreír.

—Sí… Sí que la quiero, desde luego.

—¡Magnífico! ¿Cómo está el coñac?

—Bueno.

—Lo celebro. Me pareció entender antes que tenía que ir al agua, esto es, a esquiar.

¿Dónde tengo que ir para poder verla?

—Al Espejo… ¿Lo conoce?

—¿Quién no conoce ese lugar en Flamingo? Me ha dado una buena idea, porque empezaba a aburrirme. Allá vamos… ¿Tiene coche?

—No. He venido en una lancha pequeña. Estoy viviendo en un

yate. Y estoy tan harta de mar, que quise pasar unas cuantas noches en una cama que no se moviera —. Entiendo. Bueno, creo que encontraré un coche de alquiler, o algo parecido. Por otra parte, soy de los que no se avergüenzan de hacer «auto-stop»… Ya le diré luego qué tal me ha parecido su actuación… Eh, una cosa: ¿cómo podré reconocerla, de lejos, en el agua…?

—Somos seis: The Sea Angels.

—Oh… Los Angeles del Mar… Es bonito. ¿Quieren otro coñac?

—¿Ya no está enfadado conmigo?

El *G-man* se quedó mirando fijamente a la muchacha, serio de pronto. Fue una mirada grave, lenta, intensa.

—Más bien diría… que todo lo contrario —musitó.

Ella parpadeó, confusa, bajo la intensa mirada del federal.

—Bien… Tengo que marcharme ya, señor Hagerty.

—Estaré viéndola, no lo olvide. ¿Cómo se llama usted?

—Nancy. Y se me está haciendo tarde. Adiós, señor Hagerty.

Iba a levantarse, pero el *G-man* la cogió suavemente de una mano.

—Un momento… —susurró—. ¿Nos volveremos a ver o no?

—¿Ha sentido el flechazo, quizá? —sonrió ella.

—¿El flechazo? No, no… Ha sido más bien un cañonazo… ¿Nos veremos de nuevo?

—¿Por qué no? —musitó dulcemente Nancy—. Hasta la vista, señor Hagerty.

Se alejó, graciosísimo su caminar, preciosas sus piernas generosamente descubiertas bajo la minifalda. Xavier Hagerty estuvo no menos de cinco minutos allí, pensativo. Por fin, se puso en pie, cogió el bastón y, apoyándose en él, se dirigió hacia su cabaña. Entró, cerró la puerta, se dejó caer en el sofá y apretó el puño de su bastón.

—¿Me oyes, Ray?

—Seguro —dijo la voz del fotógrafo, brotando del puño del bastón.

—Me alegro de que vieses a la chica. Ella…

—¿Cómo no había de verla, si ha sido la única persona que se ha acercado a ti en estos dos días? ¿Qué opinas de ella?

—No sé. Forma parte de un grupo de esquiadoras acuáticas que se llaman The Sea Angels. Son seis.

—¿Seis? —exclamó Ray Stanton.

—Puede ser casualidad —musitó Hagerty.

—Sí, claro…

—Y tú, ¿qué opinas de ella?

—De momento, que es un bombón.

—Coincidimos. ¿La estás viendo ahora?

—Se ha metido mar adelante, en una lanchita de bolsillo. Haré lo posible por no perderla de vista con los prismáticos que tengo en el coche.

—Bueno, no te preocupes demasiado, de todos modos. Espero volver a verla muy pronto, actuando en el Espejo. De manera que decídete a lo de las fotografías… Supongo que todo está bien preparado.

—Todo funciona debidamente. Si algo falla, será porque los peces no picarán el anzuelo. Por parte del F.B.I., todo está en perfecta marcha.

—Pues dedícate a lo de las fotografías. Envíame dos al motel, y unas cuantas a Miami, para que desde allá las transmitan por telefoto a Washington, a ver si en el archivo de fotografías tenemos a Nancy.

—¿Se llama Nancy? ¿Qué más?

—De momento, sólo Nancy. Hasta luego, Ray.

—Ten cuidado… Oye, Xav: ¿qué crees tú que puedan tener que ver tres agentes del F.B.I, dedicados al robo de joyas y al asesinato en masa con esa chica, Nancy? —No se me ocurre. Pero lo sabremos. Adiós.

—Eso.

Xavier Hagerty volvió a apretar el puño de su bastón y se quedó mirándolo, pensativo. La pregunta era buena: ¿que podían tener que ver tres agentes del F.B.I, desaparecidos, con Nancy… o con las seis chicas que formaban el conjunto de esquí acuático llamado Los Angeles del Mar?

CAPÍTULO VI

—Maldita sea —refunfuñó Lionel De Stenfa—. ¡Eres una estúpida!

Nancy frunció el ceño y encogió los hombros.

—¿Qué querías que hiciese? —se defendió—. Apareció de pronto, nos hizo la fotografía… No pude evitarlo. Y no era cosa de pelearme allí con un fotógrafo por haberme tomado una fotografía.

—¡Debiste tener cuidado!

—¡Está bien, debí tener cuidado, pero no lo tuve y así han sucedido las cosas! —se irritó la muchacha—. ¿Qué quieres que haga?

—Una buena idea —sugirió Charles— sería la de prepararte para actuar. Llegaremos pronto al Espejo, y tus compañeras ya están casi listas. Como dicen en el circo, la función debe continuar.

—¡Hay que arreglar eso! —estalló De Stenfa.

—¿No le estás dando demasiada importancia, Lionel?

—¡No! ¡Sé cómo trabaja el F.B.I., maldita sea…! Si a ese federal le ocurre algo, y luego encuentran en su cabaña una fotografía de él con Nancy, estamos listos.

—Todo se arregla con olvidarnos de ese agente del F.B.I, y buscar otro. Además, con tres ya tenemos suficiente.

—¡Quiero tener más, desconcertar completamente al F.B.I.! Además, de sacar y volver a meter las manos en los frascos, se estropean. Hay que ir renovando el material.

—De acuerdo, pero podemos hacerlo en Miami, o en cualquier otro lugar. Dejaremos en paz al héroe Xavier Hagerty y buscaremos otro *G-man*. ¿Qué más da uno que otro?

Hay muchos.

—Demasiados… —susurró De Stenfa—. Quisiera matar a ese Hagerty… ¡Quisiera matarlo!

—Pues tendrás que quedarte con las ganas. Con esa fotografía, el muchacho ha firmado un seguro de larga vida. Al menos, por lo que se refiere a nosotros.

—Estoy pensando… Casi podría jurar que esa fotografía ha sido tomada de acuerdo a un plan preconcebido.

—¿Oh, sí? —sonrió Gary.

—¿No lo entiendes? Xavier Hagerty recibirá las fotografías. Si muere, registrarán su cabaña, pedirán su correspondencia en la cabaña-conserjería del motel… Encontrarían las fotografías, y buscarían a Nancy. Y han pensado que nosotros pensaremos eso, y que para no arriesgarnos, dejaremos tranquilo a Hagerty.

Gary Samuels, Charles Dexter y Nancy se miraron, sonriendo un tanto irónicamente.

—Bueno… —sonrió Nancy—. Tú eres el jefe, de modo que se supone que también eres el más listo. ¿Se te ocurre un modo de arreglar esto, Lionel?

—¿Dices que él vendrá a traerte una copia? ¿Aquí?

—No le hablé del *Green Sea*. Sólo dijo que iría a verme al Espejo, y que me daría una copia cuando la tuviese.

—Es decir —se irritó De Stenfa—, que ese federal tiene una buena excusa para presentarse en el yate.

—Si lo encuentra —aclaró Nancy.

—¡Si lo encuentra…! —rió acremente Lionel De Stenfa—. ¡Por todos los demonios del mundo! ¿Con quién creéis que estáis tratando?

La idea fue tuya, ¿no? —replicó acremente Nancy—. Te pareció divertido y desconcertante cometer atracos dejando huellas de agentes del F.B.I., por tu rencor hacia los federales, ¿no es eso? Pues ahora, acepta las consecuencias.

—Lo estamos desquiciando todo —se irritó también Gary Samuels—. Todo quedará arreglado con dejar tranquilo a Xavier Hagerty. Entonces, ¿por qué os complicáis tanto la vida? ¿Cuál es el problema?

Hubo unos segundos de silencio, antes de que De Stenfa dijera;

—Esperaremos los acontecimientos. Mientras tanto, mucho cuidado todos, porque esta noche vendrá el *manager* a por las joyas.

—Ya traer el dinero, supongo —insinuó Charles.

—Claro. Y a algo más, como siempre.

—El *manager* sí que es un tío listo… —murmuró Gary—. Nos lo da todo resuelto, nos paga, se queda con las joyas… ¡Ese sí que sabe lo que se trae entre manos!

—Y recuerda —sonrió fríamente Nancy—, que al *manager* no le gustó desde un principio tu idea de meter al F.B.I, en esto. Muy bien lo de las huellas, pero no tenían por qué ser de agentes federales. No es bueno mezclar el rencor en nuestra clase de «negocios», Lionel.

—Será mejor que vayas abajo a prepararte… —gruñó De Stenfa —. Al fin y al cabo, todo ha ido bien hasta ahora, y estoy seguro de que encontraré una solución para esto. Como siempre, no dejaremos ninguna pista.

Nancy encogió los hombros, dio media vuelta y entró por el pequeño pasillo que llevaba a los camarotes. Algunas de las puertas estaban abiertas, y cuando Nancy pasó, las demás componentes de Los Ángeles del Mar salieron al pasillo, poco menos que desnudas: Polly, Maggie, Sally, Nelly, Rossie.

—¡Nancy, dinos cómo te ha ido!

—¿Es tan guapo como parece de lejos?

—¿Tenía razón Lionel? ¿Es una trampa lo de la herida en la pierna?

—¿Es simpático?

—¡Me pareció más alto que los otros tres…!

Nancy entró en su camarote, seguida de las demás chicas, que no dejaban de hacer preguntas y lanzar grititos de excitación, mientras acababan de vestirse el *maillot* azul que en el pecho llevaba el nombre del grupo.

Una de ellas comentó de pronto:

—¡Tengo una peca aquí! ¡Es horrible!

Las demás se quedaron mirando, aterradas, la negra manchita, hasta que una de ellas recordó:

—Te dije que te pasaría algo, por tomar tanto tiempo desnuda el sol. Ahora tienes una peca en uno sí y en otro no.

—¡Que ponga el otro al sol, hasta que le salga la peca! —rió otra.

Y, enseguida, rieron todas a la vez, incluida Nancy, que se había quitado el vestidito y otras dos prendas y estaba apta para tomar el sol y llenarse de pecas por todas partes.

—Me parece —dijo— que a ese federal no será posible matarlo —. ¡Oh…, qué lástima…!

CAPÍTULO VII

Se veían perfectamente las seis, tan doraditas por el sol, todas bien proporcionadas, esculturales. Se deslizaban sobre el verde mar de la tarde con una gracia y una naturalidad verdaderamente meritoria, haciendo toda clase de evoluciones sobre una o dos piernas. Atrás dejaban largas líneas rectas o curvas de blanca espuma, que se cruzaban unas con otras… Luego se reunían todas, se cogían los hombros, iban sobre una pierna, sobre, dos, sobre una. Giraban, saltaban en el aire, luego todas juntas desde el extremo de la gran rampa… Después formaban tres grupos de dos, llevando una a otra encima de los hombros. Luego formaron dos grupos de tres, llevando entre dos a la tercera compañera… Llevaban banderitas, hacían cabriolas… Eran auténticas sirenas.

El Espejo merecía el nombre, ciertamente. El agua estaba tan tersa que parecía un espejo rutilante, de metal verde. Formaba una amplia bahía cerca de Flamingo, y en la playa se habían instalado asientos, sillas de madera alineadas. Era bonito ver aquello. El colorido era casi mareante, y visto desde atrás, era como si el color verde mar quedase salpicado de rojo, azul, blanco, amarillo, naranja, violeta…

Pero, sobre todo, estaba el verde quieto del mar, que parecía incluso teñir de ese color los lentes de los prismáticos que Xavier Hagerty tenía ante los ojos.

Notó que alguien se sentaba junto a él, pero no hizo el menor caso, no se volvió.

Ni siquiera cuando oyó la voz:

—Ray te ha enviado ya las fotos.

—Muy bien.

—Parece que tu único contacto ha sido esa chica.

—Sí.

—Lo hacen bien. Angeles del Mar… Bonito nombre. ¿Cuál de ellas es Nancy?

—La… tercera de la… No, han cambiado. La que ahora… Ya han vuelto a cruzarse… La que… Oye, mira, es una de ellas y ya está.

—*Okay*. ¿Te gusta Flamingo?

—El mar es demasiado verde.

—Es un color bonito, hombre. Por si te interesa, te diré que, de momento, no te están vigilando. En cuanto a la chica en cuestión, abordó un yate llamado *Green Sea*…

—*Green Sea*… *Verde Mar*… Todo es aquí color verde mar… Hasta los prismáticos parece que están tomando ese color.

—Es bonito —insistió la voz—. Como te decía, ella abordó un yate llamado *Green Sea*. Hay tres hombres a bordo y una lancha siempre a remolque, que es la que están utilizando ahora para el arrastre de las dos chicas, conducida por dos muchachos muy agradables de aspecto.

—¿Habéis tomado fotos? —musitó Xavier.

—Claro. Pero demasiado lejanas. No queremos alarmar a nadie, asustar la presa. Eso, en el supuesto de que no estemos perdiendo lamentablemente el tiempo. Por si acaso, si consigues entrar en ese yate, toma unas cuantas fotografías.

—¿Así de fácil?

—Ordenes son órdenes. Bien, ya te lo he dicho todo sin necesidad de recurrir a la radio, cosa que habría sorprendido a mucha gente de aquí… Bien está que un hombre se halle herido, pero si habla con un bastón, es que está loco, ¿no crees?

—Muy gracioso.

Parece que tu humor no es bueno. Aquí te dejo, vigilando muy atentamente tu Operación color verde mar. Te vas a hinchar de ver el color verde.

Eso fue todo. Oyó el rumor de alguien que se movía, pero continuó mirando con los prismáticos, ya casi obsesionado por aquel color verde mar, inmóvil, como un espejo de metal.

Llegaba el número final… Se habían juntado tres chicas, y otras dos se acercaron a ellas, hasta tocarlas. Entonces, soltaron sus esquíes y treparon hasta lo hombros de las tres primeras. Luego, la

última consiguió subir, tras emocionantes peripecias, encima de las dos, formando así una pirámide con base de tres, intermedio de dos y cúspide de una… Formidable, colosal…

Luego, cuando la potente lancha aflojó la marcha, las chicas saltaron alegremente, elegantemente al agua… Fin.

Se quitó los prismáticos de delante de los ojos y suspiró desalentado cuando continuó viendo con la misma intensidad el color verde mar. Guardó los prismáticos en su funda, recogió el bastón y se alejó de allí, cojeando levemente, como quien quiere sobreponerse, disimular al máximo el contratiempo de una cojera temporal.

CAPÍTULO VIII

—¡Eeeeh…! ¡Los del yate!

La lancha alquilada se había detenido junto al *Green Sea*, y Xavier Hagerty lanzó el grito avisando su llegada. Mientras esperaba, amarró la lancha al pie de la blanca escalerilla de madera y aluminio, que casi llegaba a la línea de flotación.

Cuando terminó, alzó la cabeza, dispuesto a gritar de nuevo, y vio entonces el rostro hermoso de un hombre joven, de ensortijados cabellos negros, que le miraba casi amablemente.

—Hola… —le saludó el del yate—. ¿Quiere algo?

—¡Ver a Nancy! —exclamó alegremente el *G-man.*

—Lo siento, amigo. No se permiten visitas de esa clase en el *Green Sea*. Si quiere verlas, a todas o una sola, tendrá que esperar a mañana.

—Dígale a Nancy que está aquí Xavier, y que le trae la fotografía.

—Está perdiendo el tiempo, amigo. Este yate es una base de trabajo serio, no un *nightclub*. Adiós.

La cabeza del moreno desapareció. Xavier Hagerty sonrió secamente, y sin más, se dedicó a subir por la ligera escalera de acceso al yate. Siempre cojeando, desde luego, poniendo de manifiesto ciertas dificultades en el movimiento de su pierna izquierda.

Cuando llegó arriba, se encontró cara a cara con el muchacho del cabello ensortijado, que lo miraba con el ceño fruncido.

—A algunos —dijo acremente— les gusta bañarse antes de la cena… ¿Es usted uno de esos, amigo?

—El médico me ha prohibido bañarme, hasta que tenga bien la pierna.

—Pues entonces, para que su pierna sane satisfactoriamente, haga ahora el camino a la inversa. Es el mejor modo de…

—¿Qué ocurre, Gary? —se oyó una voz tras éste.

Gary Samuels se volvió, pero sin apartarse del corte de entrada al yate.

—Un tío listo… —explicó—. Le ha gustado una de las chicas y cree que sólo tiene que venir aquí y llevársela. O a lo peor hasta nos pide un camarote para pasar el rato.

—Eh, eh, eh… —protestó Hagerty—. Usted tiene muy malos pensamientos, joven. Vaya a decirle a Nancy que está aquí Xavier, y ya verá cómo todo no es tan terrible como usted está imaginando.

Gary lo miró, frunció el ceño y se volvió de nuevo hacia Lionel De Stenfa, el cual se acercó, miró al *G-man* y asintió con la cabeza.

—Está bien, Gary: ve a avisar a la que sea. Suba, señor. Y espero que no se haya equivocado de conducta.

Hagerty llegó a la cubierta, por fin, y se quedó sobre la pierna derecha solamente, resoplando, apoyado en el bastón.

—Demonios… ¡Con lo que me ha costado llegar hasta aquí…!

—Lo comprendo. Espero que sea por un buen motivo.

—Ya verá como sí… Oiga, es un bonito yate… ¿Es suyo?

—Sí.

—Bien… Algún día, cuando gane un premio importante de verdad, quizá consiga comprarme uno. Aunque no tan grande… ¿Sabe que soy un motorista de primera, señor…?

¿Tuvo un accidente?

—Poca cosa, pero hay que cuidarse. Me llamo Xavier Hagerty.

—Muy bien.

El *G-man* pareció quedar un poco cortado, confuso. Se puso a mirar al cielo, en el cual se veían algunas gaviotas, destacando sobre el fondo del tono ya rojo del ocaso. Luego miró hacia el mar y las aguas le parecieron verdes, con fuego encima…

—Se está bien en Flamingo, ¿verdad? —comentó.

—No nos paramos demasiado en ningún sitio. Nosotros tenemos que trabajar.

—Ah, sí… Magnífico lo que hacen Los Angeles del Mar… Muy bonito, de veras.

—Gracias.

—Emmm… ¿Un cigarrillo?

—No, gracias.

—Bien… Yo sí fumaré, si no le importa.

Sacó el paquete de cigarrillos de un bolsillo de la camisa de colores. Luego buscó en los del pantalón el encendedor, pero haciéndose tal lío con el paquete de cigarrillos y el bastón, que por fin, alzó éste hasta la altura de los ojos de De Stenfa y se lo quedó mirando como quien no sabe qué hacer con él.

—Jamás creí que tuviese que usar semejante cachivache… ¿Me lo sostiene, por favor?

—Puedo hacerle una sugerencia, para cuando vuelva a encontrarse como ahora: ¿por qué no sujeta el bastón bajo el brazo? Casi seguro que le quedarán libres las dos manos.

Hagerty parpadeó. Miró a De Stenfa, miró el bastón…, y por fin se lo colocó bajo el brazo. Encendió el cigarrillo, guardó el paquete, guardó el encendedor y volvió a coger el bastón.

—Demonios… —dijo—. Es una buena idea… ¡Eh, Nancy!

La muchacha había aparecido en cubierta, seguida de Gary. El *G-man* dio un veloz primer paso hacia ella, alegremente; y se detuvo de pronto, apoyándose fuertemente en el bastón, mordiéndose los labios; por un instante, pareció a punto de caer. Pero sostuvo el equilibrio, sonrió valientemente, y dijo, con el sosiego de quien acaba de recibir un jarro de agua fría:

—Hola, Nancy.

Ella se acercó, sonriendo. Llevaba solamente una corta batita de espuma, que apenas si le llegaba por la ingle, de color rojo encendido.

—Señor Hagerty… —suspiró—. No esperaba verlo tan pronto…

—Bueno… Esto me recuerda mi niñez…

—¿Su niñez? —se sorprendió Nancy.

—Emmm… ¿No podría sentarme en cualquier sitio? Me parece que al verla me he precipitado, he olvidado «nuestra» pierna herida.

—Oh, sí… Venga a la toldilla, por favor —miró a De Stenfa—. Todo está bien, Lionel. El señor Hagerty es amigo mío, no uno de esos que vienen buscando… diversión. Venga, señor Hagerty. ¿Quiere beber algo? ¿Jugo de naranja, quizá?

—Coñac.

—Oh…

—Y si no hay coñac, whisky. Soy yo quien ahora lo necesita.

Se sentó cuidadosamente en una de las sillas plegables de lona y tubo metálico, con la expresión de quien está temiendo que de un momento a otro le ocurra algo no muy bueno, precisamente. Pero quedó sentado sin novedad. Entonces alzó la cabeza, miró a Nancy y sonrió.

—Esto es otra cosa…

—Le serviré un poco de whisky.

Había una mesita con varias botellas encima, y un estante para vasos y mezcladoras en medio, entre las cuatro patas. Nancy sirvió whisky en dos vasos y se sentó frente al *Gman*, ofreciéndole uno.

—¿Qué decía de su niñez, señor Hagerty?

—¿De mi…? Ah, sí. Bueno… Cuando era niño aprendí que si quería robar la mejor manzana, tenía que espabilarme, llegar el primero. Desde entonces, siempre que algo me gusta, me apresuro a cogerlo… si puedo. Eso de esperar es peligroso: puede uno quedarse sin la manzana que más le gusta.

—Creo que entiendo… —casi rio Nancy—. ¿Me está comparando con una manzana?

—Bueno… Pero no con la manzana prohibida que Eva entregó a Adán, se entiende. ¿O quizá es usted… manzana prohibida?

Se quedó mirando a De Stenfa y a Gary Samuels, que los contemplaban fijamente. Otro muchacho, en verdad tan guapo y apuesto como el primero, salía en aquel momento de las cabinas, juntándose a los dos primeros, tras una ceñuda mirada al federal.

—No, no… —rió del todo Nancy—. No soy manzana prohibida. Lo que ocurre es que Lionel siempre está temiendo que alguien le divida su grupo de angelitos del mar. Cosa que suele suceder cuando una de las chicas se casa. Tengo un contrato firmado…, pero eso es todo, señor Hagerty.

—Puede llamarme Xavier. Es más bonito. Este whisky no está nada mal.

—Es escocés legítimo. Dígame, Xavier: ¿a qué ha venido al *Green Sea*? ¿Cómo me ha encontrado?

—Pues fue fácil ver adónde las llevaba la lancha después de recogerlas, ya que contemplé su actuación con prismáticos. Este es el modo en que la he encontrado. En cuanto a los motivos de mi visita, pues son… muy personales. Le he traído la fotografía.

La sacó de un bolsillo y se la tendió. Nancy la tomó, en silencio,

le echó un vistazo, y luego, como al descuido, le dio la vuelta. Detrás, efectivamente, estaba el nombre del fotógrafo, su dirección en Flamingo y el número del cliché de la fotografía.

—¿No le gusta? —musitó Hagerty.

—Oh, sí…, sí… Parece que los dos somos muy fotogénicos, ¿no es cierto? ¿Sólo recibió esta copia, Xavier?

—Ah, no… La otra la dejé en el motel, claro. Esa es para mí…, si usted no tiene inconveniente.

—Claro que no. Ha sido usted muy amable molestándose por tan poca cosa, Xavier.

—Ejem… Bueno, el caso es que no soy tan desinteresado como parece. He pensado… Vaya, a mí me encantaría cenar con usted, Nancy. ¿No le encantaría a usted cenar conmigo?

Ella se quedó mirándole, fijamente, con una doble expresión en sus hermosos ojos, con su boquita sonrosada y tierna.

—Iré a vestirme —musitó.

Se puso en pie, y Xavier la imitó rápidamente…, quedándose luego inmóvil, con la sonrisa de quien de buena gana se pondría a dar gritos.

—No ha debido levantarse… —rió Nancy—. Enseguida vuelvo.

Se metió en la entrada a las cabinas, y Hagerty se volvió a sentar, refunfuñando. Se quedó mirando de pronto a los tres hombres y pareció esforzarse en sonreír.

—¿Quieren un cigarrillo?

Gary y Charles se acercaron, se sentaron ante el *G-man* y aceptaron los cigarrillos, en silencio. Lionel De Stenfa se metió en las cabinas, recorrió el pasillo y entró directamente en el camarote de Nancy y Maggie, en el cual la primera se dedicaba a vestirse rápidamente, rodeada de las otras cinco chicas, que preguntaron cientos de cosas a la vez.

Nancy estaba quitándose la batita de espuma, y al ver a De Stenfa continuó, como si tal cosa, dispuesta a ponerse el vestido de noche muy sencillo que había sacado del armario.

—¡Callaos! —casi gritó De Stenfa—. Parecéis idiotas a veces. ¡Ese hombre que está ahí arriba es un agente del F.B.I.!

—Pero es rubio, Lionel… —dijo Peggy—. ¡Y tan guapo! Es el más guapo de todos, Nancy, ¿verdad?

—Ay, chica, debes tener muy buena vista… —intervino Polly—.

Yo aún no he conseguido verlo bien. Podríamos salir todas a…

—Largo… —mascullo De Stenfa—. ¡Largo de aquí, cotorras!

—¿Podemos subir a verlo, Lionel? —suplicó Rossie.

—¡Sí, sí, sí…! —exclamaron las demás—. ¡Queremos subir a verlo de cerca…!

¡Queremos sub…!

—¡Subid de una vez! —estalló De Stenfa—, ¡Pero cuidado con lo que decís!

Salieron todas en tropel, atropellándose, gritando, todavía todas con la batita de color rojo intenso, como cinco muñequitas asombrosamente bellas y perfectas.

Lionel De Stenfa, sin hacer caso del bello espectáculo que representaba Nancy, se dejó caer en la litera inferior, gruñendo:

—La cosa está muy mal, Nancy —musitó.

—¿Mal? —ella se abrochó los sujetadores detrás—. ¿Por qué?

—Ese hombre no puede ser tan tonto como parece. Está haciendo su papel, trabajando.

—Naturalmente… —admitió Nancy—. Oh, menos mal que yo no tengo una peca aquí, como Nelly… ¿Ves tú alguna peca, Lionel?

—No. Nancy, hablemos en serio: ese hombre está detrás de nosotros. ¿Lo admites?

—Admito esa «posibilidad». ¿Y qué?

—¿Y qué? —musitó De Stenfa—. ¡Estamos perdidos si…!

—Oh, vamos, vamos, Lionel… Deja las cosas que sigan su curso tranquilamente. Supongamos que. Xavier Hagerty nos esté vigilando, que desconfía de nosotros. Muy bien: desconfianza, significa que no sabe nada concreto. Entonces, todo lo que tenemos que hacer es llevar una vida normal y simpática, hasta que él se canse.

—¡Pero el *manager* va a venir esta noche a traernos el dinero, a llevarse las joyas, a darnos instrucciones para el próximo golpe, en Miami! ¿Cómo quieres que llevemos una vida normal y simpática en estas condiciones?

—Pues no hay más remedio, querido. Ah, toma la fotografía: detrás está el nombre y la dirección del fotógrafo, así como el número del cliché. El fotógrafo se ha marchado de vacaciones, de modo que esta noche habrá que ir a buscar el cliché a su tienda. Puedes enviar a Polly: es la especialista en escalos.

—Supongamos que conseguimos ese cliché. ¿Qué ganamos con ello?

—Pues sólo queda entonces una fotografía de mí y de Hagerty… Habrá que conseguirla. Entonces, podremos matarlo… tras asegurarnos de que está solo en este trabajo. Ten en cuenta que incluso suponiendo que él esté trabajando, quizá no seamos nosotros los únicos sospechosos, y habrá otros agentes en otros sitios, vigilando a otras personas… —En el F.B.I, deben saber muy bien que Hagerty se dedica a nosotros… ¿Qué crees que ocurriría si él muriese, aparecieran o no esas fotografías y el cliché?

—Sí… Tienes razón… No podemos matarlo. Es una verdadera lástima. ¿Se te ocurre alguna otra solución, Lionel?

—¡No se me ocurre ninguna! —estalló De Stenfa, poniéndose en pie—. ¡Sólo sé que ese hombre es intocable para nosotros!

—Intocable… —musitó Nancy, sonriendo—. ¿No es curioso? Hace unos años, a los agentes federales que…

—¡Sé muy bien que a los agentes federales se les llamó «Intocables»! Parece que te estés tomando todo esto como una broma.

Nancy se quedó mirándolo fríamente, mientras acababa de acomodarse el vestidito de noche sobre su bellísimo cuerpo.

—Querido Lionel —musitó—: la diferencia entre tú y nosotras seis estriba en que, en circunstancias normales, tú eres mucho más listo. Pero nosotras, en todo momento, somos más frías. Nos gustaría tener a ese federal como tuvimos a los otros tres antes de matarlos, pero como eso no va a poder ser porque no conviene, veamos las cosas desde este otro punto de vista: yo le sigo el juego el tiempo que sea, luego nos separamos, convencido él de que ha estado sospechando de personas que no tienen nada que ver con su trabajo, y eso es todo.

—Buena solución. ¿Y mientras tanto? No olvides que el *Manager* puede venir al yate de un momento a otro. ¡Me mataría si se encontrase a bordo a un agente del F.B.I.!

De Stenfa se pasó la mano por la frente, retirando el sudor, que se secó en los pantalones. Nancy movió la cabeza conmiserativamente, como apesadumbrada.

—Yo me encargo de Xavier Hagerty durante toda la noche. No aparecerá por aquí. Por lo demás, hay que seguir haciendo las cosas

como si nada estuviese ocurriendo. No olvides esto: si intentamos algo, es posible que todo acabe mal. En cambio, si le seguimos la corriente, todo lo que él podrá conseguir saber es que Los Angeles del Mar somos unas chicas… amables… y generosas en el amor. ¿Lo entiendes?

—Sí, pero…

—Déjamelo a mí. Y si quieres un buen consejo, no le digas al *Manager* lo que está ocurriendo: te desollaría vivo, querido. Adiós… Y ten preparada mi parte del último golpe para cuando regrese.

Salió del camarote, con su vivo y gracioso caminar. Cuando apareció en cubierta, Xavier Hagerty estaba poco menos que aplastado bajo las cinco compañeras del grupo acuático. El federal se las veía y deseaba para poder atender a todas, que reían, le entregaban más vasos de whisky, cigarrillos encendidos… Nelly estaba ya casi decidida a mostrarle al federal su última catástrofe: la peca que le había salido de tanto tomar el sol…

—Dejad de molestarlo… —rió Nancy—. Además, ha venido a verme precisamente a mí, no al grupo.

—¡Oh, Nancy, qué hermoso es! —exclamó Polly.

—¡Es guapísimo! —chilló Rossie.

—¿Me lo dejarás mañana? —pidió Maggie.

—¡A mí, a mí…!

—¡A mí…!

Xavier Hagerty parecía asustado. A cada movimiento de una de las chicas, alzaba el bastón, como protegiéndose de lo que parecía un impetuoso ataque apasionado, medio en serio medio en broma. Nancy consiguió sacarlo del centro del grupo, tirando de él y apartando a sus compañeras, que reían sin cesar, cruzándose delante del *G-man¡*tirándole besos, guiñándole los ojos…

Por fin, quedaron los dos junto a la borda, justo delante del corte de salida hacia la escalerilla.

—Fiuuu… —resopló Hagerty—. ¿Cómo pueden ustedes aguantar esto día tras día?

Gary y Charles sonrieron y encogieron los hombros. Nancy lo empujó suavemente hacia la escalerilla y poco después los dos estaban en la lancha.

Entonces, Hagerty lanzó un suspiro más fuerte, más profundo.

—Caaaa… ray —exclamó—, ¡Ha sido terrible! ¿Siempre que ven

a un desconocido hacen lo mismo?

—No siempre… —sonrió Nancy—. Parece que les has gustado.

Hagerty se la quedó mirando.

—Todas son muy bonitas… —musitó—. Pero sigo diciendo que lo nuestro no ha sido un flechazo, Nancy, sino un cañonazo. Al menos, por mi parte… ¿Qué dices tú?

Nancy también quedó seria. Estuvo unos segundos mirando los grises ojos del federal. De pronto, se abrazó a él y le besó en los labios, fuertemente. Xavier dejó caer el bastón, se apoyó de espaldas en el tablero de mandos de la lancha, abrazó la fina cintura de la muchacha, y tomó inmediatamente la iniciativa del beso…, que quizá no habría tenido fin, de no oírse de pronto, por encima de ellos, un fuerte abucheo estridente.

Alzaron la cabeza los dos, sobresaltados, y vieron a las cinco chicas asomadas a la borda, gesticulando, gritando riendo…

—Será mejor que nos vayamos inmediatamente de aquí… —rió Nancy—. Estoy segura de que encontraremos otro sitio mejor, Xavier…

CAPÍTULO IX

Hacia las doce de la noche, otra lancha se detuvo junto al costado del *Green Sea*. Sólo que esta vez nadie gritó, ni hizo llamada alguna. Apenas la lancha se hubo detenido, Gary Samuels apareció en lo alto de la escalerilla, y los tres hombres de la lancha le vieron claramente hacer señas indicándoles que subieran a bordo.

Primero subió uno de los dos tipos más altos y fornidos, de anchas espaldas, rostro áspero, hosco. Después, un hombre de mediana edad alto, esbelto, elegante con su atuendo de «yachtman» azul marino con botones dorados, y gorra blanca y azul marino; zapatillas blancas, pañuelo blanco al cuello. Impecable, interesante con sus sienes grises, su boca firme, su mirada de águila inmutable. Detrás, el segundo de los guardaespaldas.

—¿Y De Stenfa? —preguntó el elegante.

—Aquí estoy… —apareció Lionel De Stenfa, tendiendo la diestra —, ¿Cómo está, *Manager*?

—Bien… ¿Todo bien a bordo?

—Como siempre —musitó De Stenfa.

—Ve a buscar el maletín, Néstor.

—Sí, *Manager*.

Uno de los guardaespaldas regresó a la lancha. Cuando volvió al yate, los demás hombres estaban sentados bajo la toldilla, apenas visibles a la luz de la luna, ya que la hora los ocultaba. Néstor entregó el maletín a *Manager*, el cual lo abrió, y empezó a sacar fajos de billetes, que fue colocando junto al montón de joyas que se veían en una de las sillas plegables, colocada en el centro del grupo. Cuando acabó de sacar billetes, cogió las joyas y empezó a guardarlas en el maletín, sin prisas, con manos bellas, elegantes, seguras en cada movimiento.

Lionel De Stenfa se pasó la lengua por los labios, antes de preguntar:

—¿Cuánto, esta vez?

—Un millón —dijo *Manager.*

—Pero…

De Stenfa se calló bruscamente. *Manager* alzó la cabeza y sus claros ojos parecieron los de un felino, fijos en su presa, en plena oscuridad.

—¿Sí, De Stenfa?

—Es que… Las joyas valen… cinco millones, por lo menos.

—Exactamente cinco millones setecientos mil dólares… —asintió *Manager*—. ¿Y…? —Bien… El veinticinco por ciento de esa cantidad no es un millón de dólares redondo, creo.

—Lo sé. La cantidad exacta, referida al veinticinco por ciento, sería un millón cuatrocientos veinticinco mil dólares… ¿Supones que no sé calcular, De Stenfa? —Yo diría… que no lo parece. Si aquí hay un millón de dólares, las cuentas no…, no son exactas, *Manager.*

—Faltan cuatrocientos veinticinco mil dólares… ¿No es eso?

—Claro.

Manager asintió con la cabeza y continuó guardando las joyas. Se detuvo cuando llegó el turno a *Luz Sideral*. La retuvo en su mano casi dos minutos, en silencio, recogiendo en sus piedras todo el brillo negro plateado de las aguas del mar, de las luces rojas del yate, del reflejo de la luna…

—Es en verdad hermosa… —musitó—. Muy hermosa, De Stenfa.

—Sí… Lo sé. Respecto a los cuatrocientos veinticinco mil dólares de diferencia…

Manager guardó *Luz Sideral*, por fin. Cerró el maletín, lo dejó sobre la silla y encendió un cigarrillo.

—Aclaremos ahora lo de esa diferencia de cuatrocientos mil y pico de dólares, De Stenfa. Y para eso, vamos a empezar por el principio más lógico: ¿alguna vez has tenido queja de mí, de mis planes, de mis órdenes, de mis pagos?

—No. Desde luego que no.

—Entonces, piensa. Piensa, De Stenfa: ¿qué significa que yo no te de la parte exacta?

—No sé… ¿No se podrá conseguir tanto esta vez?

—Exactamente. Si yo te entrego un millón de dólares, quiere decir que lo que vamos a obtener en total serán dos millones. Normalmente, obtenemos por las joyas el —cincuenta por ciento de su valor, en cuyo caso, tú te quedas el veinticinco y yo el veinticinco. Pero, en esta ocasión, el lote es muy caro, y los compradores no quieren arriesgarse tanto.

—Podemos buscar otros compradores…

—No. Hace tiempo que trabajo con los mismos, y no pienso cambiar; todo va muy bien así, y por mí está bien. Sin embargo, si tú no estás conforme, sí puedes buscarte otro *manager*.

—¡No, no…! No he querido decir…

—Asunto solucionado. A mí también me fastidia ganar cuatrocientos mil dólares menos, pero hay que saber jugar, perder y ganar. De todos modos, un millón de dólares no está nada mal. Y te diré una cosa que no debes olvidar: en toda América no encontrarás otro *manager* con mis posibilidades, con mis contactos hacia Amsterdam. ¿Y sabes por qué?

—¿Por… por qué?

—Porque no los hay de esta categoría. Yo soy el único que puede sacar estas cantidades de joyas del continente. Fíjate bien que no digo de Estados Unidos, sino de todo el continente americano: Norte, Sur y Centro. ¿Lo entiendes?

—Sí, desde luego.

—Los demás, pueden hacer pequeñas cosas, algunas con suerte, a ¿qué negarlo? Pero todos los asuntos grandes y bien conseguidos están en mis manos. No eres tú el único que trabaja para mí. Te financio, te resuelvo todos los problemas, te pago bien… ¿Por qué has de complicarte ahora la vida por unos cuantos dólares?

—Claro… Es verdad.

—Estupendo, De Stenfa. Veamos ahora si podemos entendernos para el próximo golpe, en Miami. ¿Habéis tenido alguna molestia en Flamingo, después de lo del yate *Raysun*?

—No… Ninguna, no.

—Parece que vacilas —se achicaron los felinos ojos.

—No, no… Ninguna molestia.

—¿Ni la policía, o guardacostas que vieran a las chicas nadando, o la lancha…?

—Ninguna molestia —musitó roncamente De Stenfa.

—Así ha de ser. ¿Cómo va el asunto de los federales?

—¿El… el asunto de… de…?

El ceño de *Manager* se frunció duramente.

—¿Qué te ocurre? ¿No sabes a qué me refiero? Acaso no fuiste tú mismo quien ideó lo de las huellas de agentes del F.B.I, para los asuntos de la costa?

—Sí. Claro que fui yo. Oh, todo va bien, muy bien…

—He estado pensando detenidamente en ello. Y sigue sin gustarme. Cada vez me gusta menos. De manera que escucha bien: ya te has vengado suficientemente del F.B.I., asesinando a tres de sus agentes, por aquellos diez años que pasaste en San Quintín. ¿Estás de acuerdo?

—Es que… no entiendo…

—Te lo diré con toda claridad. En general, procuro ser amigo de quienes trabajan para mí, y suelo concederles todos aquellos caprichos que contribuyen a que se sientan satisfechos. Por otro lado, hubo unos días en que me pareció buena la idea de desconcertar a la policía en el asunto de robos de joyas en las ciudades costeras. Pero no hay que abusar nunca del mismo plan, de la misma buena idea… Ya se ha utilizado tres veces, de manera que, por el momento, dejaremos de utilizar las huellas de agentes del F.B.I. Más adelante, si conviene, y extendiendo tu idea, utilizaremos huellas de otras personas, que podrán ser gente cualquiera, o policías, o nuevamente agentes federales. Utilizarás esas huellas, en Miami, para el último golpe. Luego te desharás de todo ese repugnante… material.

—Pero me gustaría…

—¿Seguir matando más agentes del F.B.I.?

—Sí.

—Tendrás que dejarlo por ahora. Yo dirijo una organización demasiado grande para que tú lo estropees con venganzas tontas. Si quieres dedicarte a la venganza, abandona el *Green Sea* y vive tu vida… No tienes por qué complicarme a mí las cosas. ¿Qué decides?

—Seguiré en el *Green Sea*. Pero hay otra cosa… Hay que tenerlo en cuenta todo, *Manager*.

—Sin duda. ¿Cuál es el problema?

—Las chicas. Cada vez que hemos atrapado a un federal, ha tenido que ser rubio, alto, guapo… A ellas les gustan.

—¿Y…?

—Bien… Llevamos una vida muy retirada aquí, en el *Green Sea*. Nada de contactos personales con el público, ni amistades personales… Ellas, de cuando en cuando, necesitan… divertirse.

—¿Y utilizan a un agente del F.B.I.?

—Bueno… Se lo… traspasan de una a otra, durante unos pocos días, cuando estamos de viaje de un sitio a otro. Luego lo matan ellas mismas. Entre una cosa y otra, se… divierten. No puedo privarlas de eso de pronto.

Manager se estremeció.

—Si tus chicas necesitan compañía masculina, que la busquen por otro lado. ¿Qué clase de… alimañas son ellas, De Stenfa?

—Hacen siempre bien su trabajo, ¿no es eso? —gruñó Lionel.

—Eso no lo dudo. Siempre consiguen el botín, y nadie queda vivo para dar la menor pista. Son unas… asesinas terriblemente eficientes.

—Muy temperamentales —sonrió torcidamente De Stenfa.

—Sí… Entiendo. Bien… No creo que sea problema para chicas tan bonitas como ellas encontrar de cuando en cuando algún amigo, Pero eso de… de… Eso que hacen con el agente del F.B.I, antes de matarlo, tiene que terminar. ¿Comprendes, De Stenfa? Olvida al F.B.I.

—Está bien —musitó De Stenfa.

—En cuanto a las chicas…, que se las arreglen como puedan. Después de Miami, hay otro asunto en puertas, de modo que tendréis que seguir navegando hacia el Norte. Luego, hay algo que quizá hagamos en Nassau. Y después de Nassau, tendréis tres meses de vacaciones, de modo que esas chicas podrán dedicarse exclusivamente a sus funciones acuáticas y a sus desahogos… temperamentales. Pero sin mezclar todo eso con el trabajo. ¿Está claro, De Stenfa?

—Sí, señor.

—Bien. Pasemos ahora al asunto de Miami, que será dentro de unos días… La joyería de turno está en Biscayne Boulevard… —se vio el blanco brillo de sus dientes en la oscuridad—: Precisamente, no demasiado lejos de la Delegación del F.B.I. Esa joyería, famosa en toda la ciudad, se llama, simplemente, Sunplay. Dentro de este sobre tienes todos los detalles; los estudias bien, montas el tinglado

con tus chicas, lo preparas… Ya sabes, como siempre. Cuando estés en Miami, nos veremos, por si hay alguna consulta de última hora. ¿Entendido?

—Sí… Sí.

—¿Has de hacer alguna pregunta ahora, alguna consulta, alguna duda sobre algo…?

—No, no.

—¿Todo marcha bien, todo perfecto?

—Todo perfecto.

—Entonces, eso es todo, por ahora… —se puso en pie—. ¿Y tus chicas?

—Durmiendo. Bueno, al menos están abajo, con las luces apagadas, esperando que usted se aleje para poder volver a encenderlas y… y volver a la vida normal en el yate.

—Me gusta que sepan ser discretas cuando así es necesario. Y comprenderéis que no voy a venir a un yate lleno de luces y chicas en bikini bailando en cubierta y todo eso. Colby, echa una mirada al mar. Y tú, Néstor.

Los dos guardaespaldas se alejaron, uno hacia babor y otro hacia estribor, bordas que recorrieron de popa a proa, mirando hacia todos lados del mar. Se reunieron con *manager* en el corte de salida, y Néstor fue el primero en descender hacia la lancha.

Manager tendió la mano a De Stenfa.

—Hasta la vista en Miami, De Stenfa. Y saludos a las chicas… Espero que todas estén bien.

—Sí… Sí, todas están bien. Las saludaré de su parte, Ahora mismo bajaré a darles su parte, y les… les transmitiré sus saludos. Pero si quiere verlas…

—No —volvió a estremecerse *Manager*—. No, no. Será en otra ocasión. Adiós, muchachos.

—Adiós —respondieron Gary y Charles.

Manager descendió por la escalerilla, seguido de Colby. Unos segundos después, la lancha se alejaba, mientras De Stenfa, para secarse el sudor, tuvo que recurrir a un gran pañuelo blanquísimo. Charlie y Gary lo miraban fijamente, fruncidos los ceños.

—Has debido decirle lo de ese federal, lo de Nancy con él…

—No me he atrevido…

—Pero quizá *Manager* habría encontrado una solución, y todo

iría mejor, Lionel.

—No, no… Me mataría… Sabéis que me mataría. Nosotros nos entendemos bien, vivimos tranquilos, menos algunas noches del año, en que tenemos que trabajar en serio… Nos va bien, ganamos mucho dinero, y si seguimos así, yo me retiraré no tardando mucho… ¿Por qué he de jugarme todo eso?

—Piensa que *Manager* se juega mucho más que tú. Su organización, de la cual nosotros sólo somos uno de los puntos, se extiende a toda América, a todo el continente. Si el F.B.I, empieza por atraparnos a nosotros, seguirá tirando del hilo, hasta llegar a *Manager*… Pero si él se entera antes de que no le has dicho la verdad…

Lionel De Stefan volvió a secarse el sudor.

—No hablemos más de eso. Yo… tengo confianza en que Nancy tiene razón, y que sólo hay que seguirle el juego a ese Hagerty. Quizá todo sean imaginaciones mías, y ese *G-man* sólo quiere divertirse con una linda chica que ha encontrado —durante unas vacaciones.

Luego, se separarán, y todo seguirá igual… ¿No?

—Ojalá sea así, Lionel, porque si no…

—De todos modos —comentó Charles—, ese federal no 01 e pareció demasiado listo. Al contrario, más bien diría yo que parece bastante tonto.

—Fíate de las caras de tontos —refunfuñó Gary—. Esos tíos aprenden a ser listos y a ser tontos, según convenga. ¿No es cierto, Lionel?

—Son… son unos malditos demonios que… que ya una vez me metieron diez años entre rejas, en San Francisco… Pero no volverá a suceder, no… Yo confío en Nancy, ella hará lo que quiera con él, lo engañará, lo…

—Ni tú mismo crees eso que estás diciendo. Si ese *G-man* va detrás nuestro, será él quien se estará riendo ahora de Nancy.

—No, no… Estoy seguro de que Nancy podrá vencerlo, con su… modo de ser. Estoy seguro de que si alguno de los dos está riendo en estos momentos, es Nancy…

CAPÍTULO X

Nancy sonrió apenas el federal hubo cerrado la puerta de su cabaña, y le echó los brazos al cuello, mimosamente.

—Lo he pasado muy bien, querido. Ha sido una noche inolvidable, de veras…

Entonces lo besó en los labios, cálidamente, despacio… Pero como el *G-man* tenía a sus espaldas la puerta, pudo dejar allá apoyado el bastón, y apoyarse él también de espaldas, de modo que tomó en el acto la iniciativa del beso, que duró hasta que, al parecer, Nancy ya no pudo más, y se apartó lentamente…

Xavier Hagerty dijo entonces con voz un tanto ronca:

—Todavía no ha terminado la noche…

—¿No? —suspiró ella, dulcemente—. Hemos paseado, hemos cenado, hemos contemplado la luna…

—Yo… tenía esperanzas de que aceptarías salir esta noche conmigo, y pedí… un encargo especial a la dirección del motel… Por eso te he traído aquí.

—Oh —se decepcionó ella—, ¿Para beber algo?

—Sí, si tú quieres.

—¿Jugo de naranja? —hizo un mohín Nancy.

—Champaña.

—¡Oh! ¡Oh, Xavier, eres maravilloso!

—Menos que tú, pero admito que lo soy un poco —sonrió él—. Ven, tomaremos una copa…

Quiso moverse, pero ella continuó apretándole los brazos en torno al cuello. Estuvo unos segundos mirando aquellos ojos tristes tan inteligentes y varoniles, antes de musitar:

—Es una lástima que no haya ninguna cabaña libre en el motel. Pasaríamos la noche más cerca el uno del otro.

—Sí —murmuró roncamente Hagerty—. Es una lástima…

—Con las ganas que tengo de dormir en una cama que no se mueva, que no se balancee…

—Intenté conseguirte una cabaña antes de ir a buscarte al yate, pero no fue posible.

—¿Y no se te ocurre… ninguna otra solución?

—Se me ocurre una —musitó el *G-man*—. Sólo una, Nancy.

—¡Una! ¿Y para qué queremos más de una solución? ¡Una es más que suficiente!

—Bien… Es que…

—¡Oh, querido, la acepto! ¡Sea cual fuere, la acepto! ¡Está aceptada de antemano!

—Bueno —carraspeó Hagerty—. Será mejor que bebamos un poco de champaña. Espero que todavía esté fresco en el cubo…

Ella le dio un besito, se pasó el brazo izquierdo de él por los hombros, y rio cuando Hagerty se empeñó todavía en recoger el bastón, tanteando en la oscuridad. Solamente se veían algunas rayas de luz procedentes de la iluminación exterior del motel, que se filtraba por las separaciones de la persiana.

Hagerty encontró el bastón, lo alzó, y movió el interruptor con la punta, dando la luz. En efecto, sobre la pequeña mesita que había delante del sofá y los dos sillones, se vio un cubo conteniendo una botella de champaña en hielo, y una bandeja con dos copas.

—Eres encantadoramente previsor —susurró Nancy.

—Vamos allá..

—Espera. ¿Para qué queremos la luz, Xavier?

—Pues…

—Oh, se ve muy bien con la que entra a través de la persiana. Y es más romántico.

—Creo que tienes razón.

Hagerty alzó de nuevo el bastón, se oyó el «clic» del interruptor, y la cabaña quedó de nuevo a oscuras, rayada finamente en luz del exterior.

—Es una lástima que las luces del motel estén encendidas —musitó Nancy—. Si no fuese así, la luz que entraría por esa ventana sería la de la luna.

—Sería demasiada perfección —alentó el *G-man*—. ¿Vamos a beber un poco de champaña antes de despedirnos?

Volvió a besarlo, ahora en la recia barbilla. Luego, le ayudó a llegar al sofá. Hagerty se sentó cuidadosamente, dejó el bastón a un lado, y alargó una mano hacia la botella de champaña. Mientras la estaba destapando oía, vagamente, ruido como de tela… Cuando se volvió hacia Nancy, copa en mano, la copa estuvo a punto de escapar de sus dedos…

Pero ella la tomó antes, se acercó más a él, y musitó:

—¿Cuál era… es esa solución única, Xavier?

CAPÍTULO XI

—¿Nos veremos hoy? —preguntó Hagerty.

Nancy acabó de pintarse ligeramente los labios, ante el espejo, mirando al federal por medio de éste.

—No lo sé, querido… Espero que sí, pero ayer terminamos nuestro contrato en el Espejo, y nunca sé lo que decidirá Lionel respecto al trabajo.

—¿Te acompaño al yate?

—No, no… No es necesario, querido. Bien… Esto ya está. Creo que no olvido nada. Se volvió, se quedó mirando cariñosamente a Xavier, de pronto le echó los brazos al cuello, y le besó ligeramente, junto a la boca.

—De un modo u otro —musitó—, espero que no sea la última vez que nos veamos. Adiós, Xavier.

—Te…

—No. Quédate aquí.

—Sólo hasta la puerta…

—No. Prefiero que nos despidamos aquí.

Hizo un mohín con la boquita, como besándolo, y salió del cuarto de baño, rápidamente, con aquel caminar gracioso y ágil. Segundos después, Hagerty oía la puerta de la cabaña, primero al abrirse, luego al cerrarse.

Salió al *living* de la cabaña, y separó dos de los finos listones de plástico de la ventana. Allá iba Nancy Cowan, la muchacha que surcaba las aguas con otros cinco ángeles del mar…

Oyó la suave llamada de la radio diminuta instalada en el puño de su bastón. Fue al dormitorio, cogió éste, y apretó en el punto que admitía la llamada:

—¿Xav?

—Hola, Augustus.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. ¿La has visto salir?

—Claro. Bueno, hay noticias de todas clases… Creo que estamos sobre una buena pista.

—¿Sí?

—Voy a hacerte una visita. Enseguida estoy, ahí, Xav.

—Bueno.

El agente especial Augustus Lang apareció frente a la cabaña apenas un par de minutos después. No tuvo necesidad de llamar, porque Hagerty abrió apenas su compañero estuvo en el porche. Lang entró, echó un vistazo al cubo con la botella de champaña, la alzó, y tras verla casi vacía, se fue al dormitorio. Echó un vistazo también allí, y luego se volvió hacia Hagerty, sonriendo secamente.

—Bien… Nuestra profesión, tiene, a veces, estas… extrañas compensaciones.

—Sí.

Lang fue de nuevo a la botella de champaña, y bebió un sorbito. Torció el gesto con desagrado.

—Se ha desbravado, claro. Ella es culpable, Xav.

—¿Lo sabes seguro? —musitó Hagerty.

—Casi seguro. Noticias calientes de Miami así lo confirman… Hace apenas media hora que han llegado a Flamingo, al grupo enviado aquí por el jefe. En primer lugar, lo de la fotografía dio resultado… ¿Tienes todavía la tuya?

Xavier Hagerty se dirigió, ya sin cojear lo más mínimo, hacia la mesita de noche, y abrió el cajón. Ni siquiera se había acordado de mirar allí apenas Nancy se hubo marchado. Y debió hacerlo, porque la fotografía no estaba. Se volvió hacia su compañero, un poco pálido.

—¿No hay error? —murmuró Lang.

—Claro que no. Sé que la dejé aquí.

—La noche es larga —dijo Lang—. Te has quedado sin fotografía. Pero, además, otra de las chicas fue a la tienda que los muchachos de aquí tienen, bajo la dirección de uno de ellos…

—Sé muy bien que Ray Stanton está aquí como fotógrafo, y que tiene una tienda —gruñó Hagerty—: al grano, Gus.

—Aprovechando las «vacaciones» del fotógrafo, una de las

chicas del yate fue a la tienda, hacia las tres de la madrugada. Entró como una profesional, fácilmente. Cuando Ray, tras esperar que ella se fuese, entró, fue directo al fichero de clichés. No estaba el de la fotografía.

—Entiendo. Ellos suponen que ahora pueden matarme tranquilamente.

—Esa es la idea.

—Bien. ¿Qué más hay?

—Anoche, mientras tú te divertías con Nancy «como se llame»…

—Cowan. Nancy Cowan.

—Pues mientras tú te divertías con Nancy Cowan, hubo visitas en el yate *Green Sea*. Tres hombres, que llegaron en una lancha, estuvieron en el yate unos quince minutos, y luego se fueron en la misma lancha…, hacia un yate anclado frente a la Flamingo Lodge. Apenas los tres hombres subieron a bordo, el yate se puso en marcha… rumbo a Miami. El nombre del yate es *Marcus Aurelio*. Inmediatamente se puso en marcha nuestro engranaje de pesquisas, y supimos, cinco horas después, que pertenece a un hombre llamado Enzio Buonatelli, italiano. También la matrícula del yate es italiana. Lleva mucho tiempo rondando por América del Norte, Centro, y, al parecer, también por el Continente de abajo. Todavía no sabemos nada sobre Enzio Buonatelli, en cuanto a sus antecedentes y demás detalles…

—Puede ser un amigo de cualquiera de los del yate.

Augustus Lang volvió a beber un poquito de champaña, y de nuevo puso mala cara.

—Cuando Buonatelli visitó el yate, éste tenía apagadas todas las luces, excepto las reglamentarias. Cuando se fue, todo volvió a la normalidad, las chicas subieron a poner música en la cubierta… Lástima que teníamos que verlo todo desde muy lejos, porque una de ellas se quitó…

—¿Qué más respecto a Buonatelli? —gruñó Hagerty.

—Se fue a Miami. Recorrió la distancia en menos de seis horas. Un buen yate el suyo. Una vez en Miami, desembarcó inmediatamente, en Pier 5. Allá, le estaba esperando un coche…

—¿Los seguisteis en una lancha?

—Más fácil todavía —dijo irónicamente Lang—. ¿No se te ocurre nada mejor, Xav?

—Avisasteis a los guardacostas, y ellos se fueron turnando en la vigilancia del paso del *Marcus Aurelio*. Y… Mmmm… Espero que esos guardacostas estarán en contacto con nuestros compañeros de Miami, por radio, de modo que cuando Enzio Buonatelli desembarcó, ya teníamos allá un coche con dos o tres muchachos, esperando.

Lang batió palmas quedamente, aprobando.

—*Bravissimo*… Así fue. ¿Sabes adónde fue Buonatelli? A un garaje particular, de una vieja casa en North Miami. Estuvo allá quizá media hora, y regresó al yate, llevado en el mismo automóvil por los mismos tipos que lo habían recogido en Pier 5. Pero, mientras tanto, dos de los nuestros estuvieron en aquel garaje… ¿Sabes qué había allí?

—¿Qué había?

—Un camión-cuba, con capacidad para unos dos mil galones. Enorme en verdad, con una gran entrada en la parte superior, igual que la escotilla de un submarino, aunque algo más pequeña…

—¿Qué había en el camión-cuba?

—Agua.

—¿Agua?

—Agua de mar. Una estupenda, deliciosa y fresquísima agua de color verde mar…, y que procedía del mismísimo mar.

—Bien…

—Como ves, todo esto sigue teniendo color verde mar, tal como te dije ayer tarde en… —¡Espera! ¡No digas nada más, Gus!

Y Gus no dijo nada, porque había visto que Hagerty quedaba pensativo antes de prohibirle hablar. Y quizá tras pensar tan brevemente había encontrado algo interesante.

Xavier abrió su maleta, tras sacarla bruscamente del armario. Alzó el doble fondo, que era una simple plancha de piel, y separó las puntas de la derecha. Luego, con todo cuidado, extrajo de allí un pequeñísimo microfilme, de casi tres pulgadas de largo. Apenas verlo, Lang no necesitó ya más explicaciones. Cerró del todo las persianas graduables de la cabaña, dio la luz eléctrica, y tras un brevísimo vistazo en el armario, encontró allí una cámara fotográfica, a la cual quitó la parte de atrás, para colocarla de nuevo, pero al revés.

—¿Listo? —preguntó Hagerty.

—Vale.

El propio Hagerty apagó la luz. Inmediatamente, apareció otra diminuta, junto a las manos de Lang. Con esa luz, Hagerty tuvo suficiente para introducir el microfilme en lo que parecía una grieta en la vieja máquina fotográfica. Enseguida, se apagó la luz pequeña, y en la pared se proyectó una hoja mecanografiada.

—¿Qué estás buscando, Xav? —musitó Lang.

—Son microcopias de los tres informes respecto a los robos de joyas en los que han aparecido huellas de compañeros nuestros: Axel Williams, de Houston; Fred McCoy, de Nueva Orleáns, y Robert Comton, de Tampa. Y hay en cada uno de estos informes un detalle que debimos tener en cuenta desde el principio, Gus. Lo he recordado de repente, al hablar del tono color verde mar… Veamos… ¡Aquí tenemos esa parte del informe respecto al caso de Nueva Orleáns! ¡Fíjate bien, Gus!

En la pared se habían ido sucediendo los folios mecanografiados, a medida que Hagerty iba introduciendo lentamente el microfilme. Cuando dejó de hacerlo, los dos se dedicaron a leer aquella página… Y los dos a la vez exclamaron:

—¡Ahí está…! ¡Manchas de agua de mar, pequeñas, en el piso de la joyería!

Hagerty chascó dos dedos.

—¡Te apuesto a que también se encontraron manchas de agua de mar en la joyería de Tampa! ¡Y no digamos en el yate del millonario Ernest Callum, que ya estamos seguros que allá fueron hombres-rana, los atracadores asesinos…!

—¿«Hombres-rana»…, o «mujeres-rana», Xav?

—Aquí tenemos el informe de Tampa… Aquí no… Tampoco, tampoco, tampoco… ¡Aquí!

Los dos leyeron el folio con la misma rapidez, y también a la vez llegaron a la parte del informe en que se mencionaba la presencia de manchas de agua de mar.

Xavier Hagerty apagó el pequeño proyector, y quedó inmóvil. Augustus Lang se puso en pie, y desplegó los listones de la persiana del dormitorio. Desde allí, se volvió a su compañero.

—¿Y bien, Xav?

—Color verde mar… Parece que todo está claro, Gus. Ve a llamar al jefe, y díselo.

—*Okay*. ¿Y tú?

—Tengo un mal presentimiento, Gus, ¿Qué ha sido de nuestros compañeros? Esos chicos de Houston, Nueva Orleáns y Tampa…, ¿dónde están? Porque si sus huellas aparecen en las joyerías donde se cometen atracos, es obvio que están en poder de esa gente…

—¿Crees que están en el yate, prisioneros?

—Sería muy arriesgado para ellos, ¿verdad?

—Yo creo que sí, Xav.

—A menos… A menos que los tengan drogados, o algo parecido. ¡Sólo así podrían llevarlos con ellos y obligarles a poner sus huellas en las…!

—Lo estás complicando demasiado —musitó Lang—, Perdona, pero no estoy de acuerdo contigo.

—Bueno… Esos muchachos tienen que estar prisioneros en alguna parte, ¿no?

—Supongo que sí. Y eso nos ata un poco las manos.

—Sí… Seguramente, es de esa clase de gente que matarían a los tres agentes si se ven en apuros. Esa clase de gente… Voy a entregarte el microfilme que contiene fotografías de todos ellos: de los tres hombres y de las seis chicas… —abrió el puño de su bastón y empezó a manipular cuidadosamente entre tantos mecanismos diminutos, hasta estirar una pequeñísima tira de negativo, capaz de resistir cualquier luz sin velarse—. Quizá podamos saber algo de alguno de ellos, y si tienen una casa, o granja, o cualquier lugar habitable, es posible que nuestros compañeros estén allí. Aquí tienes. Llévatelo, y envíalo a Miami, para que de allí transmitan inmediatamente las fotografías a Washington, a ver si conocen a alguno, dónde vive, qué hace…

—¿Me llevo la copia de Nancy Cowan?

—No estará de más. A ver qué conseguimos con sus huellas… Desde luego, no podremos hacer gran cosa hasta que esos tres agentes del F.B.I, estén a salvo.

—También depende de lo que intenten ellos, ¿no? —sugirió Gus —. Si intentasen un nuevo atraco, en Miami, por ejemplo…

—Se hará lo que se tenga que hacer. Ve a hacer todo eso, Gus.

—¿Qué vas a hacer tú?

—No sé… Creo que estaré aquí, esperando noticias, pensando en el modo de resolver la Operación Color Verde Mar. ¡Maldita sea, si

no tuviesen a tres de nuestros compañeros, les…!

—Cálmate. No tienes por qué irritarte por haber encontrado la buena pista, Xav. Todo saldrá bien, ya verás, Aunque será difícil: no olvidemos que esa gente matan a diez personas como si tal cosa. ¿Crees que las seis armas que se dispararon en el yate de los Callum… estaban en manos de Los Angeles del Mar?

—¡Los ángeles del mar…! ¡Los demonios del infierno! ¡Eso es lo que son!

—Sean lo que fueren, son peligrosas. Iré a hacer lo que me has dicho… ¿Estarás aquí?

—Sí.

CAPÍTULO XII

Cuando regresó, Augustus Lang se fue directo al sofá, y se dejó caer en él, c6n gesto de cansancio. Señaló el bastón de Hagerty.

—Ya te ha dicho Ray que el *Green Sea* ha partido, ¿no?

—Sí.

—Rumbo a Miami, lo juraría.

—Puedes estar seguro —sonrió secamente Hagerty—. Mira lo que me ha traído un muchacho. Dice que una chica muy bonita le dio esta dirección, y veinte dólares de propina por traerlo.

Le tendió un sobre, que Gus cogió ávidamente. Olía muy bien, y el federal alzó la cabeza, mirando fijamente a su compañero, que se limitó a encoger los hombros, todavía sonriendo secamente.

Lang sacó el papel que contenía el sobre. Decía:

> «Querido Xavier:
>
> »Un nuevo contrato nos obliga a desplazarnos rápidamente a Miami, donde esta misma tarde tenemos una actuación Los Angeles del Mar. Perdóname, pero ni siquiera tengo tiempo de despedirme de ti personalmente… Te ama y espera verte pronto en Miami,
>
> «*Nancy.*» Lang alzó la cabeza.

—Podemos salir hacia Miami cuando quieras —dijo—: el helicóptero está a punto, Xav. Jonathan, tú y yo regresamos a

Miami. Ray Stanton y los otros muchachos de aquí, ya se encargarán de Flamingo.

—Esto último es lógico, y así será, Gus. Pero no corramos demasiado: Esto es una trampa.

—¿Una trampa?

—Estoy seguro de que sí. Los del *Green Sea* sospechan de mí. Es natural, desde luego. Han estado probándome, me han ofrecido a Nancy en bandeja, que hizo lo posible por sonsacarme hábilmente. Mi fotografía apareció en todos los periódicos que se publican o llegan a Flamingo. Y ella, no mencionó en ningún momento reconocerme como el agente del F.B.I, que aparecía en primera página. Se han querido hacer demasiado los tontos. Ahora, ella me avisa de su marcha. Si yo salgo inmediatamente hacia Miami, y me presento en el yate, permanecerán inactivos, porque temerán que yo los atrape, ya que los estoy vigilando. Ya no tendrán dudas. Pero si yo no voy a Miami hasta dentro de un par de días, ellos actuarán, se convencerán de que, si bien yo soy agente del F.B.I., no debía decirlo ni siquiera a Nancy, y que todo mi contacto con ella ha sido casual.

—Entiendo… Entonces…, ¿te quedas?

—Oh, vamos, Gus…

—Soy un bobo —rió el *G-man*—. De acuerdo: llegaremos clandestinamente a Miami. Y este viaje te toca a ti pilotar el helicóptero: me gusta ver tranquilamente Los Everglades.

—Vale.

CAPÍTULO XIII

El inspector Gordon cruzó el umbral, entró en el apartamento, y tras cerrar la puerta se quedó mirando irónicamente a sus tres agentes.

—¿Qué pasa? —sonrió—. ¿Estáis huyendo de la ley?

—Seguro, señor —sonrió también Hagerty—. ¿Qué noticias hay?

Gordon se sentó. Los tres agentes lo miraban expectantes, casi nerviosos por la permanencia en aquel apartamento que habían alquilado en Miami. No habría sido conveniente que ellos fuesen a la Delegación por si alguien estaba vigilando el edificio. La sola visión de Xavier Hagerty habría hecho comprender la verdad a los del *Green Sea*. En cuanto a Augustus Lang y Johnathan Lennan, era más que posible que hubiesen sido vistos en —Flamingo por la playa, o en una lancha, no demasiado lejos del *Green Sea*…

—Noticias buenas…, para nosotros. De todas las fotografías que Xavier consiguió, sólo una ha servido de algo. Excepto uno de los personajes, los demás jamás han tenido que ver nada con la ley. Pero ése, ese personaje que sí tuvo que ver, estuvo nada menos que diez años en San Quintín, gracias a la buena labor del F.B.I, en San Francisco. Salió hace cuatro años, se le vigiló una temporada, y luego desapareció de Estados Unidos. Su nombre era Carlton Mowery. Ahora, se llama Lionel De Stenfa, y dirige el yate *Green Sea.*

—Ese tío está loco —farfulló Johnathan Lennan—. ¡Lo meten en la cárcel los del F.B.I., y luego él se complica la vida secuestrando a tres de nuestros compañeros…!

—No creo que sea solamente secuestro, Johnathan —musitó sombríamente Gordon—. En algunas ocasiones, individuos rencorosos han buscado el modo de vengarse del F.B.I. Cada uno a

su manera, es cierto.

—¡Pero ésta es una estúpida manera…! ¡Dejar huellas de unos agentes federales en robos de joyerías, en asesinatos…! ¡Además, mantener prisioneros a tres agentes del F.B.I, es un riesgo que…!

Lennan se calló, de pronto. Y con la misma brusquedad, su rostro quedó tan sombrío como el de sus compañeros y de su jefe.

—Puede que no estén prisioneros, Johnathan —musitó Gordon.

—Entiendo… Entiendo, señor. Pero sus huellas… Bueno, esto tiene que tener una explicación, ¿no?

Gordon asintió con la cabeza, mirando a Hagerty.

—¿Qué opinas tú, Xav?

—No sé… Pero voy pensando en que nuestros compañeros tienen que estar muy cerca de esa gente, siempre a su disposición, para obligarles a dejar las huellas.

—Muy lógico. ¿Te imaginas a alguien tan loco como para llevar secuestrados en su yate a tres agentes del F.B.I.?

—No. Ni siquiera suponiendo que estuviese rabiando por vengarse.

—Bien… Entonces, tenemos dos puntos igualmente lógicos, pero que no encajan uno con otro. El primero, nos dice que nuestros tres compañeros tienen que estar muy cerca de los del *Green Sea*, muy a mano… Y no hay medio mejor que tenerlos a bordo. Es lógico. Pero el segundo punto, igualmente lógico, nos dice que es una locura, que hace falta ser verdaderamente y absolutamente imbécil llevar secuestrados de un lado a otro a tres agentes del F.B.I. ¿Y bien? ¿Alguno tiene la solución?

Hubo cambios de miradas entre los *G-men*, movimientos negativos de cabeza, y al final, Hagerty se erigió en portavoz de la respuesta:

—No, señor.

—Pues tiene qué ser sencilla, como todo lo que parece demasiado complicado.

—Lo más práctico, señor, sería registrar ese yate.

—¿Lo harías tú, Xav?

—Desde luego.

—Parece que ya has pensado en ello frunció el ceño Gordon —. ¿No es así? Bien:

¿cómo lo harías?

—Puesto que estamos metidos en la Operación color verde mar, creo que el mejor camino es el color verde mar, señor.

—¿Irías nadando hasta el yate?

—Sí.

—Bueno… Eso habría que estudiarlo detenidamente, desde luego. Mientras haya gente a bordo, no será posible. Al menor roce, las cosas pueden precipitarse… Un momento.

Había sonado un zumbido bajo la chaqueta del inspector Gordon, que metió la mano en el bolsillo interior y sacó la radio de bolsillo, admitiendo la llamada.

—Señor, ellas han salido del yate. Y también ese De Stenfa, o como se llame.

—¿Han dejado el yate las seis y De Stenfa, Lew?

—Sí, señor. Esos dos tipos guapos que hay en el yate los han desembarcado en Pier 5, con la lancha. De Stenfa se ha ido por un lado, y cada una de las chicas por otro… Parece que, una vez terminada la función acuática, no tienen gran cosa que decirse, ni deseos de continuar juntas… Naturalmente, hacemos lo posible por seguirlas, señor. Y a De Stenfa más que a ellas, está claro.

—Perfecto, Lew. Dime: ¿han regresado al yate esos dos chicos guapos de la lancha?

—No, señor. Han dejado la lancha amarrada a uno de los embarcaderos, y ellos se han metido en un bar de allí. Se han sentado a una mesa que hay en una ventana, y no pierden de vista el yate.

—¿Qué impresión te producen, Lew?

—Mmm… Perdón, señor, no entiendo…

—¿Qué crees tú? ¿Que tomarán una copa y regresarán al yate, o te parece que están a gusto en el bar, y que estarán un buen rato?

Hubo unos segundos de silencio, antes de oírse nuevamente la voz de Lew en el apartamento:

—Yo diría que están bien en el bar, señor.

—Lew, atiende esto; en cuanto salgan de ese bar, y veas que se dirigen sin lugar a dudas hacia la lancha, llámame para advertírmelo. No te dediques a ninguna otra cosa:

sólo a eso.

—Muy bien, señor.

—¿Hay algo más?

—No, señor.

—Pues hasta luego, Lew. No los pierdas de vista.

El inspector-jefe de la Delegación del F.B.I en Miami, guardó la radio, y se quedó mirando fijamente a Hagerty. Pero fue Lang quien comento:

—Es muy precipitado, señor. Si ellos volvieran antes de…

—No se pierde nada intentándolo —musitó Xavier—. Lo más malo que puede ocurrir si vuelven, es que no me den tiempo a registrar el yate, pero no me cazarán jamás. Ni siquiera me verán. Puedo escalar el yate por la parte opuesta a Pier 5, y llegar…

—Estamos perdiendo tiempo —gruñó Gordon—. Vámonos. Llamaré por la radio del coche, a la Delegación, para que nos tengan preparado un equipo de goma, aletas, tubos de aire…

Capítulo XIV

Xavier Hagerty había rechazado el traje de goma para inmersiones. Ni era necesario, ni convenía perder tiempo en ponérselo. De modo que, en slip, con un solo tubo de aire a su espalda, lentes acuáticos, y los pies natatorios de goma, llegó bajo el agua hasta la quilla del *Green Sea*, cuando todavía se veía luz solar arriba, en un tono rojo que parecía bañar el agua, teñirla suavemente.

Se desprendió del tubo de aire, apartando los atalajes de sus hombros. Luego, por medio de la ventosa de goma, lo dejó adherido al casco del yate. Hecho esto, emergió, lentamente, tras asegurarse de que lo hacía por el lado que quedaba oculto a los embarcaderos.

Exacto. Apareció allí, con el yate interpuesto entre él y los embarcaderos, que estaban apenas a trescientas yardas. Llegó hasta la gruesa cuerda de plástico de la que colgaba el anclote estabilizador, y se agarró a ella con fuerza. En menos de cinco segundos, tensando sus fuertes músculos con toda facilidad, el *G-man* llegó a la borda. Quedó colgando allí apenas dos segundos, y de pronto, con un solo impulso, pasó por encima de la borda y cayó en cubierta, de vientre, como un gato… Inmediatamente, miró hacia tierra firme… sólo para convencerse de que, en efecto, desde allí no podía ser visto.

Se arrastró hasta quedar completamente oculto por los tabiques de las cámaras, y entonces descolgó de su slip la bolsa de plástico, de la cual sacó una radio de bolsillo, que accionó.

—¿Xav? —se oyó lo inquietante voz de Gordon.

—*Okay*, señor.

Cerró la radio, la metió en la bolsa de plástico, y sacó una linterna, sin hacer caso de la pistola. Se deslizó entonces hasta la entrada a las cabinas, empujó la doble puerta, y se felicitó por

encontrarla abierta; le ahorraba quizá un par de minutos de trabajo con la ganzúa.

Se dejó resbalar unos cuantos escalones antes de encender la linterna y ponerse en pie. Todavía quedaba afuera la roja luz del sol que se pone, pero era insuficiente para un registro que, forzosamente, tenía que ser —concienzudo. Si los *G-men* estaban en el yate, tenían que estar bien ocultos, quizá en un doble fondo de tablones en el sollado o en la sala de máquinas…

Sin embargo, fue abriendo todos los camarotes que encontró a su paso, y mirando dentro, con un rápido movimiento de la linterna, siempre baja la luz. Nada. Allí no debía haber nada.

Y convencido desde un principio de que, si había algo, tenía que estar bien oculto, descendió al sollado. Era de proporciones tan pequeñas que casi no cabía allí dentro un hombre de su envergadura. Lo cual no era en absoluto corriente, en un yate tan grande y bien acondicionado, capaz muy holgadamente para doce personas. Invirtió casi diez minutos en examinar aquel reducido espacio, golpeando el casco y el piso de tablas, buscando algún resorte, algún sonido a hueco, alguna juntura. Iba golpeando suavemente con la linterna en todas partes, pulgada a pulgada, lentamente, casi sudando ya de angustia, dirigiendo frecuentes miradas a su reloj sumergible…

De pronto, sonó el quedo zumbido de la radio, tan inesperadamente, que el *G-man* respingó, sobresaltado. Sacó la radio, nervioso, casi furioso.

—¿Señor? —inquirió, empujando la puertecilla del sollado.

—¿Has encontrado algo?

—Nada. Parece…

Se calló de pronto. Mientras hablaba, había ido moviendo la linterna de un lado a otro. Y en el suelo, vio la tabla alzada… No una, sino tres juntas, dejando un espacio cuadrado, de unas veinte pulgadas de lado. La sorpresa de Xavier Hagerty duró muy poco. Cogió el borde de la puerta del sollado, y la abrió… Apenas la hubo movido, las tres tablas volvieron a su sitio. Volvió a cerrar la puerta, y las tablas se alzaron…

—¡Xavier! —se oyó la tensa voz de Gordon.

—Lo tengo, señor. Llamaré pronto.

Guardó la radio, dejó la bolsita de plástico a un lado, y se

deslizó hasta la abertura. La anchura de sus hombros iba a ser una contrariedad en aquella ocasión, pero tenía que entrar allí fuera como fuese. Una preliminar mirada de exploración, ayudado por la linterna, le mostró una especie de recinto rectangular, con olor a humedad, en el cual había algunas cajas de madera, de unos dos pies de lado. Convencido de que ningún peligro había allí dentro, se decidió a introducir sus anchos hombros por la abertura; tuvo que juntar los pectorales al máximo, hasta el punto de que le dolieron, igual que los hombros, que se vencían hacia delante… Estaba casi sin respiración cuando, de golpe, cayó sentado dentro del húmedo recinto. Soltó un fuerte respiro, ensanchando el pecho y los hombros, dolorido. Evidentemente, aquella entrada era para alguien de mucha menor envergadura que él… Por ejemplo, una de las chicas de Los Ángeles del Mar…

Dirigió la luz de la linterna hacia una de las cajas. Alzó la tapa, y se quedó mirando, casi sobresaltado, aquellas armas envueltas en plástico, bien engrasadas. Unas armas que parecían metralletas de cañón más bien corto y grueso… Había seis. Permaneció unos segundos reflexionando, aunque, realmente…, ¿quedaba mucho por reflexionar? Cerró aquella caja, y abrió la otra; había tubos de aire, lentes submarinos, pies de goma natatorios, cinturones con plomos… En la otra caja, lo mismo. Parecía que cada una de las cajas contenía tres equipos. La siguiente caja dejó ver el contenido a la luz de la linterna: trajes para submarinistas, de goma color verde mar. Alzó uno, y sus proporciones le convencieron de que Los Angeles del Mar eran sus propietarias, o al menos, sus usufructuarias. Cerró también aquella caja, dejándola tal como la había encontrado, y pasó a la última.

Cuando la luz de la linterna entró en aquella caja, lo primero que vio Xavier Hagerty fueron los frascos, grandes, llenos de líquido transparente, y que…

La sangre del agente del F.B.I, se heló. De golpe, súbitamente, como si la temperatura hubiera descendido cien grados en una fracción de segundo, quedó tan helado, tan impresionado, que ni siquiera oyó el suave zumbido de la radio, dentro de la bolsita de plástico, junto a la puerta del sollado.

Lo que estaba viendo dentro de aquellos grandes frascos de cristal eran manos. Seis frascos, cada uno de ellos conteniendo una

mano humana. Y mientras la radio de bolsillo continuaba emitiendo su llamada, Xavier Hagerty alzó uno de aquellos frascos. Se quedó mirando la mano que flotaba en el líquido… Una mano fuerte, grande, de dedos largos, un poco velludo el dorso. Una mano de hombre que había sido cortada limpiamente del brazo, y cuyos bordes habían sido luego cosidos con fino hilo de plástico. Se conservaba perfectamente, sin el menor deterioro óseo o cutáneo. Una mano con la cual todavía podían dejarse huellas digitales… Buscó en los otros cinco frascos, hasta encontrar en uno de ellos la mano simétrica a aquélla. No cabía duda. Aquellas dos manos correspondían al mismo hombre. Seis manos… Tres hombres.

Erizado el vello, estremecido de espanto, Xavier Hagerty se dio cuenta, en aquel preciso momento, de que la radio estaba emitiendo su llamada. Dejó el frasco en su sitio, cerró la caja, y se arrastró hacía la bolsita de plástico, de donde sacó la radio rápidamente.

—Diga, señor —tembló su voz.

—¡Xav, ¿estás loco?! ¡Te estoy llamando hace…!

—Los he encontrado, señor. A los tres. Pero ya no sirve de nada.

—¡Entonces, sal de ahí inmediatamente! ¡Los dos tipos esos están a punto de llegar al yate! ¡Sal de ahí a toda prisa! —Sí, señor.

CAPÍTULO XV

Gary Samuels amarró la lancha a la escalerilla, orientada hacia los embarcaderos, mientras Charles Dexter subía ya al yate. Samuels le siguió prontamente, llegando arriba cuando Dexter se dirigió hacia las cabinas, diciendo:

—Prepararé unos bocadillos.

—*Okay*, comilón. A mí, prepárame un par de… Charles Dexter se volvió, extrañado del súbito silencio de su compañero.

—¿Qué te pasa?

Samuels se acercó a la borda opuesta a la de la escalerilla, mirando la cubierta, frunciendo el ceño.

—Parece que aquí hay agua…

—¡Vaya! ¡Qué cosa más sorprendente, ¿eh?! ¿De qué quieres los bocadillos?

—Espera… Espera un momento, Charles… Fíjate bien… Esta agua no tendría por qué estar aquí ahora… Sigue un reguero hacia la entrada a las cabinas…

—Es poca cosa. Debe estar ahí desde que las chicas subieron a bordo después de… Se calló también, bruscamente. Los dos miraron hacia el otro lado del yate, donde estaba la escalerilla. Las chicas subían siempre por allí, naturalmente. De modo que en el lado opuesto no tenía por qué haber ni una gota de agua, ya que no había llovido, y ellos mantenían siempre el yate y la lancha en perfecto estado de limpieza y orden.

—Vamos adentro.

También vieron agua en los escalones de madera, y algunas gotas en el pasillo. Incluso en el sollado encontraron una manchita de agua que de ninguna manera tenía por qué estar allí. Entraron en el recinto donde estaban las cajas, y también allí vieron señales de

agua recién vertida o caída…

Cuando regresaron al pasillo de camarotes, los dos estaban pálidos.

—Yo me largo —jadeó Dexter—. ¡Yo me largo de aquí ahora mismo! ¡Ha sido el tipo aquel de Flamingo, Gary, puedes jurarlo! ¡Maldita sea la hora que…!

—Calma… Calma, Charles…

—¡Calma! ¡Sabía que esto de las manos tenía que…!

—Está bien, está bien… Tú tienes razón, y todos tenemos razón, menos Lionel. Él es el culpable de todo, pero nosotros tenemos que actuar con inteligencia… ¿Qué crees que está sucediendo ahora a nuestro alrededor?

—¡Que estamos vigilados estrechamente por el F.B.I.!

—Exacto. Si te ven salir corriendo, meterte en la lancha a toda prisa, dirigirte hacia el embarcadero, continuar a toda prisa…, ¿qué crees que ocurrirá? No irías muy lejos, Charles.

—¡Tenemos que largarnos de aquí!

—Desde luego. Pero haremos las cosas con inteligencia. Vamos a ir a avisar al *Manager*.

—¿Estás loco? —chilló Dexter—. ¡Yo no voy a avisar a nadie…! ¡Bastante tendré con salvarme yo!

—Si escapamos nosotros solos, y el F.B.I, atrapa a Lionel, a las chicas, y al *Manager*, tampoco iremos muy lejos. Nosotros no somos muy listos, Charles, desengáñate. Vamos a dejar que sean los listos los que busquen el modo de sacarnos a todos del apuro. Reunámonos con Lionel, que está ahora ultimando detalles con el *Manager*, y veamos qué son capaces de inventar ellos. O nos salvaremos todos, o ninguno. Es la única solución, Charles.

—¡Pero no sabemos dónde están las chicas…!

—Nosotros tenemos que avisar al *Manager*, eso es todo. Lo demás, que lo resuelva él.

—¡Prefiero largarme de aquí ahora mismo, y si…!

—¡Está bien, maldito idiota! ¡Echa a correr, métete de lleno en las zarpas del F.B.I.! ¿Aún no has aprendido que siempre gana más quien más usa la inteligencia? ¿Qué es lo que quieres? ¿Echar a correr como un conejo y que los *G-men* te cacen tranquilamente? ¿O prefieres intentar algo inteligente para que nos salvemos todos? ¡Maldita sea, Charles, ¿no puedes comprender esto?!

—¿Qué… tendríamos que hacer?

—Así está mejor… No tendríamos que hacer nada difícil. Estamos aquí unos minutos, nos comemos un par de bocadillos en la borda, mirando la hermosa Miami Beach, y luego, como quien se va a un cine, nos vamos al embarcadero con la lancha. Tomamos un taxi, y nos vamos a un cine…

—¡Tú sí que estás loco! —explotó Dexter.

—… Salimos del cine inmediatamente, por algún sitio que el F.B.I, todavía no tenga tiempo de vigilar tras llegar detrás nuestro, y nos vamos a ver al *Manager*… ¿Qué perdemos con intentarlo?

—No me gusta… ¡No me gusta!

—Bueno… Quizá te guste más echar a correr y recibir unos cuantos balazos en la espalda. O quedarte sin hacer nada, sin intentar siquiera la menor oportunidad de salvarnos todos. ¿Es eso. Charles?

—¡No es eso! Pero también podríamos ir al yate del *Manager*, que no está muy lejos de aquí…

—También ese yate está vigilado. Además, el *Manager* está ahora con Lionel en tierra firme, y hay que ir allí.

—Está bien… Haremos lo que tú dices, Gary.

CAPÍTULO XVI

Lang y Lennan ayudaron a Xavier a subir a bordo de la lancha desde la cual había partido el último hacia el *Green Sea.*

—Unos segundos más, Xav, y te encuentras con ellos —masculló Gordon—. ¿Qué te ocurría?

—Encontré… lo que queda de nuestros compañeros.

—¿Lo que queda? —musitó Augustus.

—Estaban sus manos… en frascos de cristal, con un líquido que las conserva en perfecto estado: alcohol, formol… No tuve tiempo ni de olerlo, estaban cerrados herméticamente.

Los tres hombres del F.B.I, habían palidecido.

—¿Y… sus cuerpos? —casi gimió Gordon.

—No sé.

Con ellos estaba otro agente especial, Sam Beery, al mando de la lancha. Los cinco quedaron silenciosos, sombríos, mirando hacia el yate, que empezaba a difuminarse en la negrura todavía roja de la cercana noche.

—Vamos a ver a Lew, Sam —dijo de pronto Gordon—. Muy despacio, que Xav tenga tiempo de vestirse.

—Al menos —murmuró Johnathan Lennan—, ya tenemos explicado el misterio de las huellas de nuestros compañeros en esos atracos.

—Sí —dijo fríamente Xavier—. Es un consuelo, ¿verdad?

Volvieron a quedar todos sombríos, mientras Beery conducía la lancha hacia el embarcadero donde el agente especial Lew Mars, dentro de un coche, permanecía cerca del embarcadero, vigilando el yate *Green Sea* con unos prismáticos.

CAPÍTULO XVII

Beery había quedado en la lancha, y Gordon y los tres agentes entraron en el coche.

—¿Algo nuevo, Lew?

—Sí, señor. Bueno, esos tipos del yate están ahora comiendo unos bocadillos sentados en la borda, tan tranquilos… Randolph me ha llamado no hace mucho. Lionel De Stenfa ha ido al garaje donde está el camión-cuba. Allá está el italiano llamado Enzio Buonatelli y sus dos guardaespaldas, así como dos tipos más. En cuanto a las chicas, Abel y Frankie sólo pudieron seguir a dos, claro está… Pero, señor, fíjese en lo curioso del caso: todas ellas, a pesar de haberse separado en el embarcadero, han pasado y merodeado unos minutos cerca de una joyería de nombre Sunplay. Es evidente, señor, que ellas están estudiando el terreno.

—Así es. Bien…, tenemos todo el mecanismo completo. Eligen una joyería, montan el plan, y las chicas estudian el terreno. Luego, ya de noche, ellas se ponen sus equipos sumergibles y son llevadas con la lancha a un punto de la costa donde las recoge el camión-cuba lleno de agua de mar…

—¿Qué pasa si alguien se sorprende de que lleven agua de mar en un camión-cuba, señor? Parece una tontería, ¿no?

—Ninguna tontería, Gus. Pueden decir que es agua de mar para la piscina de un millonario caprichoso que vive tierra adentro. Así de simple. Bien…, ellas se meten en el gran depósito de agua, donde debe haber botellas de aire, para respirar, o bien llevan las suyas propias, las que Xavier ha visto… Llegan junto a la joyería, el camión se detiene, y a una señal todas ellas salen, sin los tubos de aire, está claro. Entran en la joyería, roban y matan, y salen a toda prisa. Si la policía llega relativamente pronto, todo lo que puede ver

es un camión cargado con agua salada y a un solo hombre al volante, desarmado, de modo que él solo no ha podido hacer aquello. Pero, generalmente, deben actuar con tal rapidez, tan bien preparado todo, que hacen su trabajo, regresan a la cuba con las joyas y son llevadas lejos de allí, al lugar de la costa donde desembarcaron, y donde embarcan nuevamente, rumbo al *Green Sea*.

—Está bien pensado —farfulló Lew.

—Ese Enzio Buonatelli debe ser el cerebro organizador —apuntó Lang—, ya que los demás se puede decir que apenas tocan tierra. Él les prepara el plan, se lo sirve en bandeja, y luego trabajan las chicas… Me gustaría meterle mano al Buonatelli de las narices.

—Yo preferiría vérmelas con De Stenfa —musitó gélidamente Xavier—. Estoy seguro que lo de las manos, lo de las huellas, es cosa suya, por venganza más que por despistar a la policía con esas huellas.

—¿Qué dices de las manos? —preguntó Lew.

—Han matado a nuestros compañeros, y seguramente los han tirado al fondo del mar… Pero antes les cortaron las manos, que conservan en unos frascos con alcohol o algo parecido, y con ellas van dejando las huellas.

Lew se mordió los labios y miró a Gordon y a los otros dos agentes, como esperando que desmintieran las palabras de Hagerty. Pero ninguno dijo nada, todos quedaron sombríos otra vez.

—Dios… ¡A esos tipos les…!

—Ya no hay remedio, Lew. Ahora tenemos que obrar con cautela. No quiero que escape ninguno.

Lew Mars señaló la radio del coche, por medio de la cual estaba en contacto con los demás agentes del F.B.I, que estaban interviniendo en aquella llamada Operación color verde mar.

—¿Los llamo a todos y les digo que…?

—No. Todavía podemos esperar… A ver esos prismáticos.

Gordon había estado mirando insistentemente hacia el yate, de modo que debía haber visto algo. Cogió los prismáticos que le tendía Lew Mars, y los enfocó hacia allá.

—De nuevo saltan a la lancha… —musitó—. Veremos qué hacen ahora.

—Van a avisar a De Stenfa —musitó Xavier—. Dejé agua en

varios sitios, era inevitable, igual que cuando Los Angeles del Mar dejaban las manchitas en las joyerías… Sospechan que alguien ha estado en el yate, que quizá lo ha descubierto todo, y van a avisar a su jefe. Tienen buenos nervios.

—¿Crees que sea eso, Xavier?

—Lo juraría. Desembarcarán tranquilamente, y luego querrán, despistarnos.

—Bien —sonrió fríamente Gordon—. No seremos nosotros los que se opongan a que todos los peces piquen en el mismo anzuelo. Vamos a dejarlos que se reúnan en el garaje donde está el camión-cuba, y allá los atraparemos a todos.

—Faltan las chicas. Ellas no han ido allí, señor: Randolph me lo habría comunicado por la radio.

—Llama a Abel y Frankie, a ver qué están haciendo ahora esos ángeles marinos.

Mars utilizó la radio del coche, poniéndose en contacto con las de los vehículos que estaban utilizando Frankie y Abel. La respuesta de ambos fue que las chicas, las dos que ellos seguían cada uno por su parte, al menos, se dedicaban a pasear tranquilamente, y que, tras pasar cerca de la joyería Sunplay, ya no habían vuelto a cruzarse, ni a verse tan siquiera de lejos.

—Parece que ellas no van a ir al garaje —musitó Gordon—. Habrá que esperarlas aquí…

—Yo, señor —musitó Xavier—. Déjemelas a mí.

—No me gusta tu expresión, Xavier. Sabemos que son unas asesinas, pero… no me gusta tu expresión. Pese a todo, no quiero que digan que el F.B.I, es un verdugo de «dulces» muchachitas.

—No les haré el menor daño, señor. Pero déjemelas a mí… Ni siquiera las tocaré, tiene mi palabra, pero todas ellas serán ejecutadas.

—¿Por ti? —refunfuñó Gordon.

—Ya le digo que no: por la ley. Y ese día yo querré estar presente.

—El rencor, la venganza, no debe jamás entrar en…

—¡Qué demonios! —estalló Augustus—. ¡Yo también querré estar allí, señor! Siempre que nos matan a un compañero seguimos al asesino hasta el fin del mundo, ¿no es así? ¡Y esa gente ha asesinado o tres, los han mutilado, los han utilizado…!

—Sosiégate, Gus. No me gusta que mis hombres pierdan el control.

—Yo no he perdido el control, señor. Déjemelas a mí —insistió Hagerty—. Se las entregaré vivas y en perfectas condiciones, para que vayan directas a la ejecución.

—¿Trabajarás fríamente, Xav?

—Muy fríamente —sonrió como helado el *G-man*—. Tan frío como las aguas color verde mar. ¿Me las deja?

—Esos tipos han desembarcado ya —avisó Lew Mars.

Gordon vaciló un par de segundos.

—De acuerdo. Xavier se queda aquí. Nosotros simularemos seguir a esos dos guapos muchachos, les dejaremos que nos despisten, y luego iremos directamente al garaje. Afuera, Xav. Lew, en marcha.

CAPÍTULO XVIII

Enzio Buonatelli *el Manager*, se volvió hacia Lionel De Stenfa, desencajado el rostro.

—¿Te das cuenta? —musitó temblorosamente—. ¿Te das cuenta de lo que has conseguido, maldito?

De Stenfa dejó de mirar como hipnotizado a Gary Samuels y Charles Dexter, ya que éstos habían terminado el relato de lo que sospechaban que había ocurrido en el yate durante su breve ausencia, así como lo sucedido en Miami respecto al agente del F.B.I.

Xavier Hagerty, del cual temían que los había estado vigilando.

—Todavía…, todavía podemos… intentar algo…

—¿Sí? ¿Qué cosa, De Stenfa?

—No sé…

—¡No hay nada que intentar! ¡Debiste advertirme, anoche, de lo de ese federal! ¡Las cosas habrían sucedido de otra manera! ¡Además, te ordené que te deshicieras de las manos de los agentes del F.B.I.!

—Yo pensaba… utilizarlas solamente esta noche y tirarlas luego al mar…

—¡Te dije que las tirases anoche al mar! ¡Debiste decirme lo que estaba ocurriendo con ese Hagerty, debiste decírmelo todo…! ¡Ahora estamos todos perdidos…!

Parecía que los ojos del elegante e impecable Enzio Buonatelli fuesen a saltar de las órbitas. De Stenfa estaba tan asustado que retrocedió un par de pasos, casi temblando.

—Podemos escapar… Todavía podemos escapar…

—¿Cómo? —aulló Buonatelli.

—No sé… En su yate, en el *Marcus Aurelio*…

—¡Eres un imbécil! ¿Crees que mi yate no estará ahora tan vigilado como el tuyo? Es más: se habrán interesado por él, sabrán que es de matrícula italiana, sabrán ya incluso mi nombre… ¡Todo!

Buonatelli parecía a punto de agredir a De Stenfa, pero, de pronto, se calmó y quedó pensativo. Con él, en el garaje, estaban sus guardaespaldas, Néstor y Colby, los dos hombres encargados del camión, Gary y Charles, y el aterrado Lionel de Stenfa. Un garaje grande, sucio, polvoriento, con telarañas… El gran camión-cuba se veía al fondo, recién limpio, dispuesto para ser utilizado.

—Aún te diré más —susurró de pronto el *Manager*—. Te diré más, De Stenfa: en estos momentos, todos nosotros estamos metidos en un cepo, rodeados por hombres del F.B.I. Es lo lógico, no voy a menospreciarles, como has hecho tú a pesar de que te metieron diez años en la cárcel… Hasta es posible que tengamos por cualquier rincón, o en una de esas ventanas, un micrófono qué les lleva nuestra conversación, y la estarán grabando… Lo saben ya todo. Absolutamente todo… Sólo están esperando cerrar sus fuertes mandíbulas, para triturarnos a todos.

—Debemos intentar escapar…

—Por supuesto, De Stenfa. Vamos a intentar escapar. Pero sé que caeremos. Caeremos todos… Y antes de eso voy a concederme un pequeño placer… El placer de satisfacer mi rabia y privar de una presa al F.B.I.

Hizo una seca seña, y Colby se acercó a De Stenfa, apretando el resorte de una navaja, cuya hoja centelleó de pronto bajo la mortecina luz del garaje.

—¡No! —chilló De Stenfa—. ¡No me…!

Quiso echar a correr, pero Néstor pareció brotar tras él y le sujetó por los brazos, con una fuerza que triplicaba la del aterrado Lionel De Stenfa, es decir, Carlton Mowery, el hombre que había cometido el error de guardar rencor al F.B.I.

—¡No! ¡No me hagáis eso, no…!

Colby hundió la navaja en el vientre de Lionel De Stenfa, que soltó un alarido, se crispó, pareció por un instante que fuese a soltarse de la fuerte presa de Néstor. Pero Colby volvió a clavarle la navaja en pleno vientre, un par de pulgadas hacia la izquierda. Y luego un par de pulgadas hacia la derecha. A cada golpe seco, respondía un gemido de Lionel, cada vez más débil… Hasta que ya

ni siquiera pudo gemir.

Quedó colgando de los brazos de Néstor, sangrando copiosamente por el pecho y vientre, con los ojos abiertos, casi fuera de las órbitas a fuerza de terror, de espanto, de angustia…

—Suéltalo y vámonos —dijo Buonatelli—. Nos encontraremos en Kay West, si es posible, y de allá navegaremos en la lancha hacia el continente Sur. No podemos intentar nada más.

—¿Dónde…, dónde de Kay West? —tartamudeó Charles Dexter.

Había conseguido por fin apartar los ojos de Lionel De Stenfa, que había caído al suelo como una masa blanda que parecía desparramarse, igual que la roja sangre, que se veía sucia, con un brillo repugnante…

—Vosotros no venís —dijo el *Manager*—. Y por si yo consiguiese escapar y a vosotros os atraparan vivos, será mejor que me asegure de que no mencionaréis al F.B.I, mi punto de fuga hacia Sudamérica.

—Tenemos derecho a…

Plop. Plop. Plop…

Gary Samuels recibió la primera de las tres balas en el estómago; la segunda, en el centro de la cabeza, cuando se inclinó… La tercera bala disparada por Néstor ya no fue para Samuels, sino para Charles Dexter, que lanzó un grito y saltó hacia atrás, al recibir el plomo de lleno en el corazón…

Los dos petrificados hombres encargados del camión —cuba ni siquiera tuvieron tiempo de razonar sobre lo que estaban viendo. Antes de que tuvieran tiempo siquiera de empezar a imaginar cosas con respecto a ellos mismos, Colby estaba disparando su pistola, también provista de silenciador.

Y le bastaron dos balazos para dejar solucionado el asunto… Los dos hombres quedaron tendidos cara al oscuro techo lleno de telarañas, abiertos los ojos, como si todavía quisieran comprender, saber por qué les habían metido una bala en el corazón.

—Al camión —dijo fríamente Buonatelli.

—¿Nos iremos al yate? —preguntó Néstor.

—No. Sería una locura, Néstor.

—Pero allá están las últimas joyas robadas, las fichas de sus compradores de Amsterdam, los nombres de los demás equipos que como el de Lionel De Stenfa están trabajando para usted…

—Lo sé muy bien. Pero antes soy yo que nadie. ¿Acaso tú no quieres intentar escapar?

—Sí, desde luego.

—Entonces, que cada cual se las arregle como pueda De todos modos, el F.B.I, tiene ya como presa segura el *Marcus Aurelio*, así que todos mis colaboradores están sentenciados. No me parece mala idea que intentemos salvar, cuanto menos, nuestras vidas… ¿Qué nos importa lo que les pase a los de Amsterdam, a los otros equipos como el de De Stenfa, a todo el mundo…? Hay que intentar huir, y eso es todo. Al camión.

—¿Abro las puertas del…?

—¡No, Colby! Si hacemos eso, sabrán que vamos a salir. Subamos al camión y salgamos llevándonos las puertas por delante. Es nuestra única oportunidad, que…

—Buonatelli —se oyó de pronto una voz, dentro del garaje—, no salga si no es con las manos en alto, y a pie.

—¿De manera que, en efecto, nos están oyendo?

—sonrió Enzio Buonatelli.

—Naturalmente. Salgan con las manos en alto, créame. Porque si intentan eso del camión, tengo preparado a un agente que disparará una granada contra las ruedas traseras. Están advertidos.

—¿Es usted del F.B.I.? ¿Quizá el agente Hagerty?

—Soy el inspector Gordon, jefe de la zona de Miami. Acepte mi consejo, Buonatelli.

Néstor y Colby miraban expectantes a su jefe, pero éste sonrió secamente y señaló el camión. Los dos guardaespaldas encogieron los hombros y se dirigieron hacia el enorme vehículo.

CAPÍTULO XIX

—¿Disparo si salen, señor? —preguntó Randolph.

—Desde luego, Rand. Esos hombres están armados, y son unos asesinos… ¿Has oído los disparos con silenciador? Es fácil imaginarse lo que ha sucedido ahí dentro… Sobre todo, con Lionel De Stenfa, que ha gritado de un modo espantoso.

—Debimos intervenir antes…

Gordon movió negativamente la cabeza.

—Ya nos han matado tres agentes esos asesinos, Rand —musitó fríamente—. No arriesgaré más hombres por respetarlos. A fin de cuentas, sabemos que todo cuanto nos interesa lo encontraremos en el *Marcus Aurelio*: nombres, datos… Todo. ¿Por qué arriesgar más hombres, para respetar a unos asesinos?

—Desde luego, eso de las manos cortadas…

Randolph se estremeció, un poco pálido, y apretó con decisión el rifle especial lanzagranadas. Separados de ellos dos, vigilando todas las posibles salidas del garaje, estaban los demás agentes del F.B.I, que intervenían en la Operación color verde mar, pistola en mano, esperando, tensos, pero dispuestos a todo contra aquellos hombres que habían sido los causantes de la muerte y mutilación de tres compañeros.

—Estate atento. Eso es todo.

Apenas cinco segundos después, la doble puerta del garaje saltaba hecha astillas, y el enorme camión aparecía, llevándoselo todo por delante, rugiendo el motor con toda la potencia de la primera marcha llevada a sus máximas revoluciones.

Se oyeron gritos de aviso, se encendieron un par de linternas que apuntaron hacia el camión, que pasó con gran crujido de hierros a menos de cinco yardas de Gordon y Randolph, mientras

los demás agentes federales corrían hacia la fachada del garaje, listas las pistolas para ser utilizadas…

El camión pasó y quedó mostrando la parte trasera, sin ninguna luz, alejándose…

Randolph miró a Gordon, que gruñó:

—¿Qué estás esperando?

—Nada, señor.

El agente especial del F.B.I, se llevó el rifle al hombro, apuntó un instante y apretó el gatillo. Brotó una llamarada anaranjada de la punta del arma, y la pequeña granada explosiva partió hacia las ruedas traseras del enorme vehículo.

Ni siquiera un segundo más tarde, éste pareció saltar hacia delante y hacia la derecha, alzado por la fuerza explosiva de la granada. Como un gran monstruo herido, dio una vuelta, rebotó en el suelo, dio otras dos vueltas de medio lado y cayó sobre un automóvil estacionado en la calle, a menos de cincuenta yardas del garaje. Brotó una llamarada del depósito de combustible, pero, al mismo tiempo, la cuba reventó, y cuatro mil galones de agua de mar se desparramaron por toda la calle, llevando encima la ardiente gasolina, como en un juego pirotécnico y acuático a la vez.

La gran cantidad de agua de mar se extendió por toda la calle, llevando encima las pequeñas llamas, pero los agentes del F.B.I, corrieron hacia el camión, todavía pistola en mano, por si alguno de aquellos hombres aún tuviera vida y quisiera atacar…

Pero no hubo reacción en el camión envuelto en agua y llamas.

Randolph, todavía rifle en mano, llegó junto al inspector Gordon, que contemplaba hoscamente la escena. Los pies del *G-man* chapoteaban en el agua, sobre las pequeñas llamas… Estuvo unos segundos contemplando aquel desastre y, por fin, se miró los pies, mojados, empapados los zapatos.

—No veo que este agua tenga color verde mar, señor.

CAPÍTULO XX

—Algo está ocurriendo —dijo Maggie—. Me parece que nos hemos precipitado.

Estaban las seis equipadas ya con el traje de goma color verde mar, los lentes colgando bajo la barbilla, las aletas de goma colgando de un brazo por la tira de atrás… Las pequeñas pero mortíferas metralletas silenciosas metidas en las bolsas de plástico. Los tubos de aire estaban ya en cubierta. Tendrían que meterlos en la cuba, entrar luego ellas y, sin colocarse los atalajes a la espalda, buscar cada una una boquilla, para poder ir respirando mientras durase el transporte en el camión —cuba. Luego, saldrían, sin la molestia de los tubos de aire a la espalda, cometerían el atraco volverían a la cuba, y de nuevo a morder cada una su boquilla, hasta que las descargasen en el lugar donde Gary y Charles las recogerían para llevarlas al yate… Todo fácil, sencillo, simple…, efectivo.

—¿Qué hora es? —preguntó Polly.

—Casi las doce. No me gusta, no… Nos hemos precipitado.

—¿Por qué no te callas ya? —refunfuñó Rossie.

—Yo creo que Maggie tiene razón —musitó Nancy—. Encontramos la lancha sola, no vimos a nadie en el yate… Estamos solas aquí…

—Pero ¡teníamos que estar preparadas para la hora! —exclamó Sally.

—Debimos esperar —apoyó Nelly a Nancy y Maggie.

—Bien…,;qué hacemos? ¿Nos quitamos los equipos? —propuso Polly, casi convencida.

—Esperemos cinco minutos más. Si entonces no…

—¡EEEEHHH…! —se oyó de pronto una fuerte voz en cubierta

—, ¡Los del yate! ¿No hay nadie aquí?

Las seis muchachas se miraron, sobresaltadas, muy abiertos los ojos.

—Juraría…, juraría que ése es Xavier —musitó Nancy.

—Pero… ¡él se quedó en Flamingo!

—Parece que no —susurró Rossie.

Se quedaron mirándose unas a otras. La verdad iba penetrando lentamente en los diminutos cerebros de sus bellas cabecitas.

—¿No hay nadie? —insistió, estentórea, la voz masculina en cubierta.

Polly, Maggie, Nelly, Rossie y Sally se quedaron mirando a Nancy, que parecía la más inquieta de todas.

—Bueno… —murmuró Nelly—, ahí tienes a tu enamorado del F.B.I…, A ver qué está pasando, qué hacemos ahora…

—Yo creo que estamos perdidas —gimió Polly.

—¡Si ese federal está ahí arriba, es que los demás…!

—¡Callaos! —ordenó casi histéricamente Nancy—. Quizá… sea sólo una visita de enamorado.

—Eso, querida, no lo crees ni tú misma —refunfuñó Nelly.

Nancy Cowan vaciló. Por fin, sacó la metralleta silenciosa de la bolsa de plástico…

—¡Voy a bajar a los camarotes! —se oyó la voz de Hagerty.

—¡Ya subo, Xavier! —gritó Nancy.

Y sujetó firmemente la metralleta. Luego, pasó las manos a la espalda, compuso una sonrisa y se dirigió hacia la escalerilla que llevaba a cubierta —. Parece que sí podremos matarlo, después de todo— comentó fríamente.

Cuando apareció en cubierta, Xavier Hagerty estaba allí, en efecto. Nancy parpadeó, al verlo ataviado únicamente con un brevísimo «slip» de competición. Nada más que eso; ni aletas de goma, ni fusil de arpón, ni armas de ninguna clase, ni tubos de aire, ni lentes… Nada más que un *slip*. El *G-man* destacaba reciamente junto a la borda, cruzadas las manos sobre el poderoso pecho.

—Xavier… —musitó Nancy, acercándose—. ¿Qué haces aquí, y de esta forma…? —No pude resistir, amor— sonrió fríamente el federal —. Y me vine enseguida a Miami.

—¿No pudiste pasar sin mí? —sonrió ella, ya casi tocándose sus pechos al descruzar Hagerty los brazos.

—Algo así.

—Oh, querido…

Alzó su boquita dulce y juvenil hacia los ásperos labios del *G-man*, pero éste puso una mano sobre su seno izquierdo y la empujó suavemente hacia atrás.

—No me gustan los besos de víbora, querida.

—¿De…? ¡Xavier!

—Te diré otra cosa: apenas te muevas, te hundiré los sesos de un puñetazo. Tanto si das un paso atrás, como adelante, como si quieres quitar las manos de tu espalda, te mataré de un solo golpe… ¿Lo entiendes, Angel del Mar?

—Xavier, no… No comprendo tu actitud…

—Es la actitud de un agente del F.B.I, que está ante una de las asesinas de tres compañeros. Ante una víbora que luego corta las manos de esos hombres, las mete en frascos de alcohol, las esconde bajo el sollado, y cuando le conviene las utiliza para dejar huellas digitales… ¿Me explico bien, Angel del Mar?

—¿Lo sabes… todo?

—Todo.

—Xavier, fuimos muy felices los dos en tu cabaña, con el champaña, con…

—Fue un trabajo más para mí —cortó secamente Hagerty—. Sólo eso. Igual que para ti, a fin de cuentas. La diferencia entre nosotros es que yo sí tengo capacidad de amar realmente. Aunque no a ti, desde luego.

—Bien… —sonrió Nancy deliciosamente—. Cuando oí tu voz desde abajo comprendí que todo estaba perdido, y por eso no he querido con demasiado entusiasmo el intentar engañarte… ¿Qué piensas hacer ahora?

—Perdonaros la vida. A las seis. Te diré lo que sucede. Abajo, en la quilla, he colocado una carga de plástico, que explotará dentro de diez minutos. Por si intentáis huir con el yate, tienes que saber que yo lo he averiado de tal modo que jamás podréis ponerlo en marcha. Por si queréis arrancar la carga de plástico que hay en la quilla, te diré que, apenas la toques, sin saber cómo está colocada, te estallará en las manos… ¿Te imaginas?

Nancy se mordió los labios.

—Esa… no es manera de actuar para un agente del F.B.I.

—Depende. Perdona... ¿He dicho diez minutos? No, no... Explotará dentro de cinco..., casi cuatro, ya. Es decir, que tenéis ese tiempo para entregaros, desarmadas y pacíficas. Las seis. Quiero que Los Angeles del Mar se vayan juntas al infierno, en una ejecución en masa, ¿Qué contestas?

—Es muy duro lo que me propones, Xavier.

—Lo celebro. Tres minutos ya solamente, Nancy.

—Tienes un modo muy especial de perdonar la vida...

—Momentáneamente. Desde luego, estáis destinadas a la horca, la cámara de gas, la silla eléctrica... Depende de cuál sea el Estado que se quede con vosotras. Aunque yo creo que sería justo que se os repartiesen. Dos minutos y medio.

—¿Qué pasará si decidimos luchar?

—No lo sé. Pero, para luchar, tenéis que quedaros en el yate, ya que en el agua las pequeñas metralletas que he visto en el sollado no podrán disparar. Y si os quedáis en el yate... ¡Pum! Los angelitos del mar volarán por el cielo. Dos minutos.

—Te diré lo que vamos a hacer, Xavier, yo y mis compañeras: vamos a huir.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Sabemos que nadie se va a acercar al yate antes de que explote, de modo que, en ese tiempo, sólo tenemos que ponernos los tubos de aire, echarnos al agua y nadar alejándonos... Cuando el yate explote, todos creerán que nosotras estábamos dentro, y mientras tanto, nosotras, bajo el agua, escaparemos. No hay nadie que pueda con nosotras en el mar, querido.

—No pensé en eso. Pero tú tampoco has pensado en otra cosa: yo les diré a mis compañeros que aunque el yate haya explotado, vosotras estáis vivas, nadando, escapando.

—No, querido, no —sonrió dulcemente Nancy—. Tú no podrás ya decir nunca nada más, de modo que nosotras escaparemos...

Retrocedió un paso, de pronto, sacando una mano de la espalda, dispuesta a acribillar a Hagerty. Pero al mismo tiempo que ella daba el paso atrás, el *G-man* disparó su mano derecha, acertando en plena mejilla a la muchacha, con una bofetada tan brutal que Nancy salió alzada en el aire hacia el centro de la cubierta, donde cayó de espaldas, rebotó lanzando un grito de dolor y perdió la pequeña metralleta, que resbaló hacia la borda opuesta.

—Un minuto —dijo Xavier Hagerty.

Y se subió a la borda, dispuesto a saltar, mientras Nancy se deslizaba velozmente hacia la metralleta. La empuñó y cuando se volvió hacia el *G-man*, éste casi estaba ya en el aire, iniciando el salto al agua…

—¡Tú ni siquiera un minuto! —chilló la muchacha.

La ráfaga silenciosa brotó cuando los pies del *G-man* habían dejado ya de tocar la borda. Y Nancy Cowan lanzó un grito de placer cuando vio a Hagerty encogerse en el aire, girar sobre sí mismo y caer como un peso muerto al agua, dejando tras él un alarido de dolor.

Nancy se puso en pie de un salto.

—¡Tú ni un minuto! —rió histéricamente—. ¡Tú ni un solo minuto, maldito…!

Se precipitó escalerilla abajo, gritando instrucciones a sus compañeras. En menos de medio minuto, todas tenían los tubos de aire a la espalda, ayudándose unas a otras, ya en cubierta.

—¡Al agua! —gritaba Nancy—. ¡Al agua, pronto! Pero deslizaos pegadas al casco, que no os vean… ¡Pronto, pronto!

En menos de diez segundos, las seis sirenas se deslizaron por el casco todo cuanto pudieron antes de verse obligadas a soltarse para caer al agua. Y lo hicieron silenciosamente, expertamente. Desaparecieron en el acto de la superficie, dejando en ésta las clásicas semiesferas brillantes del aire comprimido.

Y apenas ellas hubieron desaparecido del agua, Xavier Hagerty apareció en la popa del yate, aferrándose desesperadamente al borde de la quilla, al timón… Luego, sus manos se crisparon en la cuerda de plástico del anclote estabilizador y comenzó a izarse a pulso, sin mover las piernas, en cada una de las cuales se veía un limpio orificio, a la altura de medio muslo; un orificio que, apenas Hagerty dejó de estar en el agua, comenzó a sangrar lentamente, lentamente…

Utilizando solamente la fuerza de sus brazos, el *G-man* consiguió llegar a la cubierta. Había pasado ya el tiempo señalado, pero el yate no explotaba…, ni explotaría jamás.

Hagerty se deslizó hacia un lado de la borda, y recogió del suelo la bolsa de plástico, de la cual sacó la pequeña radio de bolsillo. Apretó el botón de contacto.

—¿Estás bien, Xav?

—No, señor, pero no importa. Todo ha salido bien. Ellas han saltado al agua. Por tanto, están desarmadas, no hay peligro alguno.

—Estupendo Xav. ¿Qué te han…?

—Nada importante. Con su permiso, señor: ¿puedo dar la orden a Pedro Martínez?

—Desde luego, Xav. Nosotros vamos ahí para ver si podemos ayudarte en algo.

—*Okay*, señor.

Cerró la radio, la guardó, y sacó una pequeña pistola de señales, que disparó hacia el cielo. Y arriba apareció una luz roja, que estalló en un bonito surtidor, visible desde toda la bahía.

Inmediatamente, y no muy lejos de allí, empezaron a oírse no menos de seis motores de otros tantos pesqueros, con el característico «po-po-po-po-po-po-po…» Brotaron luces de seis puntos diferentes, potentes reflectores, que fueron recorriendo las aguas, de un lado a otro, mientras los seis pesqueros iban cerrando el círculo, acercándose más y más al yate *Green Sea.*

Pero mucho más velozmente se acercaba una lancha, que se detuvo junto al yate cuando los pesqueros todavía estaban a no menos de cien yardas. Gordon, Lang, Lennan, Mars y otros agentes subieron a toda prisa, y dos de ellos sujetaron a Hagerty por los brazos, mientras otro, con la radio de bolsillo llamaba al coche y ordenaba la petición de una ambulancia.

—Vamos a desembarcarlo —dijo Gordon—. Está perdiendo…

—Son sólo dos agujeros, señor —protestó Xavier, un poco pálido —. Por favor, no me impida ver eso.

Señaló con la barbilla hacia el agua. Los pesqueros se iban juntando más y más, cerrando el círculo. Se oían voces de hombres, gritos de aviso, las luces iban de un lado a otro… Los dos pesqueros que parecían ir a chocar contra el yate desviaron a tiempo su marcha, y continuaron acercándose a los otros cuatro. Uno de ellos, más grande que los demás, tenía ya lista la grúa de recogida de redes, y algunos hombres estaban ya tirando de los extremos de una fina red de nylon, a medida que cada pesquero iba llevando su extremo central. De este modo, toda la red tendida en torno al yate *Green Sea* fue siendo recogida cuidadosamente, hasta que el hombre que manejaba la grúa notó el peso, y gritó avisando. Las luces de

dos de los pesqueros iluminaban la maniobra de recogida.

Y así, cuando la parte final de la red, formando una gran bolsa, salió del agua, todos pudieron ver la sorprendente pesca del portorriqueño Martínez: una pesca gigante, de color verde mar.

—¡Buena pesca, Pedro! —gritó Hagerty—. ¡Ven acá, que queremos verla!

Po-po-po-po-po-po…, el pesquero-grúa se acercó al yate, llevando suspendida la red, formando la gran bolsa en la cual se veían seis buenas piezas, agitándose, retorcidas unas con otras.. La gran bolsa quedó suspendida a menos de una yarda de los ojos de los federales, que sonreían sarcásticamente viendo a Los Angeles del Mar pescados como simples y vulgares sardinas.

—Buena idea, Xavier —felicitó Gordon—. Ni disparos, ni muertos… Muy buena idea.

—Gracias, señor —sonrió el federal.

Por entre el revoltijo de brazos, piernas, cabezas, tubos de aire, aletas de goma, lentes…, por entre todo eso, Xavier Hagerty vio el par de ojos azules clavados rabiosamente en él.

—Un bonito traje de color verde mar, querida —sonrió duramente Hagerty—. Estaré presente en tu ejecución.

CAPÍTULO XXI

—¿Cómo van esas piernas, Xav?

—Bien, señor. Casi puedo caminar ya, porque no hubo estropicios en los huesos… ¿Y la recogida de elementos peligrosos?

—Un buen archivo el de Enzio Buonatelli… Están llegando noticias de varias Delegaciones del F.B.I., notificándonos la buena redada que se está efectuando. También nuestros agentes de Europa están preparando la acción en Amsterdam… Todo sobre ruedas.

—Bueno… Me alegro.de veras. Lástima no poder tomar parte en todo eso, señor.

Estaba sentado en una mecedora, en la pequeña terraza de su apartamento, rodeado de libros, revistas, novelas, colillas, botellas vacías de «Coca» y agua tónica…

—Demonios —masculló Augustus Lang—, estoy más que harto de tener que limpiarte esto cada día, Xav. ¿Por qué no te casas de una vez, y así, cuando te hieran, los amigos podremos estar tranquilos?

—Eso de casarse es una buena idea —aprobó Gordon.

—Anda, quién habla —rió Johnathan Lennan—. ¡El solterón de la Delegación! —Bueno, pero eso no me priva de dar buenos consejos— refunfuñó el inspector Gordon.

—Consejos, consejos… ¡Todo el mundo da consejos!

—Quien da lo que tiene, da demasiado —volvió a gruñir Gordon —. ¿Qué es lo que os pasa a vosotros? ¿Qué estáis tramando?

Johnathan Lennan y Augustus Lang cambiaron una rápida mirada de complicidad —. Bueno… El caso es que hemos pensado que cuando Xav esté ya bien, podríamos irnos de vacaciones los tres, señor. Nos debe usted las de tres años, ya…— Está bien, está bien… Lo pensaré. ¿Y adónde pensáis ir de vacaciones?

—Pues… A Flamingo, por ejemplo. ¿Qué dices tú, Xav?

—¿Por qué no? —sonrió el *G-man*—. Al fin y al cabo, allí están las más hermosas aguas color verde mar que he visto en mi vida…

—¡No nos recuerdes eso! —exclamó Lang—. Pero de todos modos, respecto a lo de las vacaciones, podríamos…

Este es el Final

Era ya bastante tarde cuando la mujer que esperaba sentada al volante de su coche vio salir a los hombres del F.B.I., y oyó la risa de uno de ellos. Estuvo observándolos hasta que se alejaron, separándose.

Todavía estuvo unos minutos inmóvil, esperando. Por fin, salió del coche, lo cerró, guardó la llave en el bolsito, y caminó hacia el edificio donde Xavier Hagerty tenía su apartamento. Entró, tomó el ascensor, y segundos después lo dejaba, en la planta quinta. Otros pocos segundos más tarde, la mujer sacó un llavín del bolsito, abrió la puerta, y entró…

Cuando apareció en el umbral del salón, Xavier Hagerty estaba sentado en el sofá, mirando hacia allí…, y sosteniendo una pistola en la diestra. Pero, al verla, la mano del *Gman* cayó, como si de pronto se hubiese convertido en plomo.

—Mirna… —musitó.

—Me he enterado de que estás herido, así que me ha parecido que… que podía utilizar la llave que todavía conservo, en lugar de… de obligarte a caminar hasta la puerta para abrir…

—Ya. Eres muy considerada. Gracias.

Xavier se quedó mirando fijamente a Mirna Lovejoy. Esta desvió la mirada, turbada. Finalmente, se quedó mirando sus propios pies. Xavier parpadeó.

—Te invitaría a algo —murmuró—, pero ya ves cómo han dejado esto mis compañeros. Bueno, si puedes arreglártelas para prepararte algo… La verdad es que no estoy en condiciones de dedicarme al baile, por ejemplo. Perdona que no te atienda como mereces, Mirna.

—No… no tiene importancia.

—Eres muy comprensiva. ¿Cómo te van las cosas?

—Mal.

—¿Mal? —respingó el *G-man*—. Bueno, realmente lo siento… Me gustaría poder hacer algo por ti, pero supongo que tú no me necesitas para nada…

—La pregunta es —le interrumpió vivamente Mirna— si tú me necesitas a mí.

—Yo he preguntado primero —sonrió Xavier.

—Está bien, pues voy a contestarte… Aunque mi presencia aquí ya debería ser una respuesta para ti.

—Pues no lo es. ¿Qué quieres decir?

—Un agente del F.B.I., tan listos que sois todos, ya lo debería haber comprendido.

—Lo que yo comprenda es una cosa…, y lo que los demás me digan es otra cosa. Para evitar confusiones, siempre es mejor que cada cual diga lo que tenga que decir. Hace un par de semanas, tú dijiste todo lo que tenías que decir, Mirna. ¿Por qué no haces lo mismo ahora?

—Te estás ensañando conmigo, pero está bien, lo voy a decir con toda claridad: te amo, Xavier. Durante estos quince días he comprendido que no podría vivir sin ti, así que… he venido a quedarme.

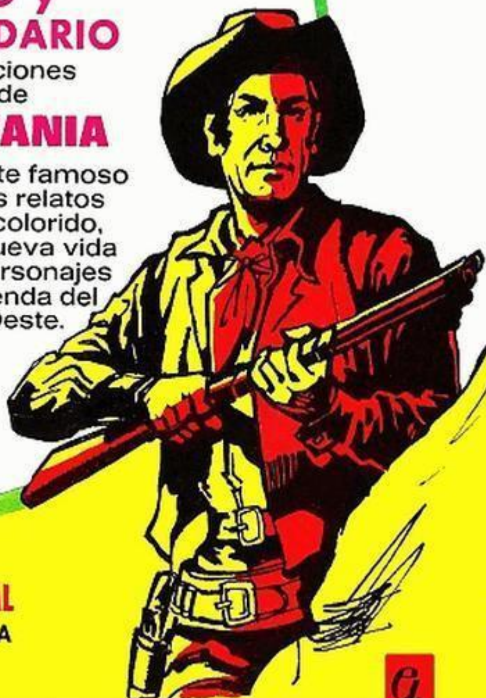
—¿Ya? ¿Esta misma noche?

—Sí… Sí, mi amor. ¿Puedo? ¿Puedo quedarme?

—Desde luego —un destello de alegría pasó por los ojos del agente del F.B.I—. Y ya que estás aquí, dispuesta a quedarte, podrías empezar por limpiar un poco el apartamento.

—¿A estas horas? —sonrió luminosamente la futura señora Hagerty—. Eso es mejor que lo dejemos para mañana, mi amor…

FIN





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…